

CURTIS
GARLAND

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA
DEL
ESPACIO

VAMPIRO 2000

Título Original: *Vampiro 2000*

Colección: La Conquista Del Espacio 42
ISBN: 0000000000000000
Generado con: QualityEbook v0.42
Generado por: Anset, 10/08/2012

PÓRTICO

Denn die Todten reiten schnell.
(Pues los muertos viajan velozmente).
«Leonora», de Burger
(Cita extraída del Capítulo Primero de Drácula,
de Bram Stoker, 1847-1912.)

Desde que Bram Stoker escribió su famosísima novela *Drácula* —publicada en 1897 por vez primera—, se ha hecho un abuso exhaustivo del tema del «vampirismo», como fuente de terror, en novela, cine o televisión. Antes de esa obra, naturalmente, la leyenda del vampirismo era ya algo muy extendido, especialmente en el centro y este de Europa, hablando de gentes malditas que, al morir, se convertían en vampiros, y cuya extensión se originaba por el ataque que personas normales sufrían bajo los incisivos dientes de un vampiro. Así, aquel que perdía su sangre, succionada por el vampiro de turno, pasaba, a su vez, a engrosar la tenebrosa legión de los muertos-vivos, cuya existencia de ultratumba se extinguía, según tradiciones, clavando una estaca en el pecho del difunto durante su sueño diurno.

Todo ello se basa en oscuras supersticiones balcánicas, allí donde aristócratas decadentes y castillos feudales sobrevivieron en medio del sencillo e ignorante terror de las gentes populares frente a los nobles, muchas veces tal vez con aire harto cadavérico a causa de sus enfermedades hereditarias.

Pero todo eso es teoría, fantasía y leyenda. Como lo es que él muérdago, los ajos y las cosas malolientes, colgadas en los muros y puertas, ahuyentaran a esas criaturas diabólicas. La idea de la cruz como defensa suprema ante los vampiros es una lógica consecuencia que simboliza la eterna lucha del Bien y él Mal, de Dios y él Diablo.

Sin embargo, acaso la página futura del vampirismo se esté aún por escribir.

Y tal vez esa leyenda del pasado sea también, en cierto modo, tema futurista. Casi, casi, «ciencia-». Seguro, seguro, «ficción».

Al menos, es una pirueta en él género. ¿Posible? Quizá no más que la leyenda de los *Dráculas* del pasado. Sólo que eso ocurrió... o *no* ocurrió.

Y en cambio, esta pequeña fantasía pseudocientífica, de pura «anticipación»..., ¿puede ser cierta? ¿O no?

Si acaso, no más ni menos que un viaje espacial a lejanas galaxias, inalcanzables en la práctica, por limitaciones de Tiempo y Espacio, según la ciencia actual.

Aceptado el viaje a Andrómeda, por ejemplo, como algo humanamente factible en un futuro más o menos lejano, ¿por qué no admitir esa posibilidad fantástica de *Vampiro 2000*..., para un futuro mucho más inmediato, casi a la vuelta de la esquina?

Sí. ¿Por qué no?

C. G.

CAPÍTULO I

Retorno

Las pantallas de televisión mostraron la misma imagen a todo el país.

E incluso a todo el mundo. Oriental u occidental. Las grandes cadenas televisivas del orbe estaban conectadas con la *NBC* y *ABC*. Incluso la Intervisión de los países socialistas. Incluso la *Orienvisión* de la China roja y otros países adscritos a los socialismos asiáticos.

La misma clara, nítida imagen en color y relieve, apareció en las pantallas hogareñas o públicas de los receptores de 3D-TV en perfecto cromatismo natural.

En la Base Uno hubo una leve conmoción. Todos se miraron entre sí, cuando los amplificadores de sonido emitieron aquel zumbido peculiar, el bip-bip-bip-bip ininterrumpido de la transmisión automática de baterías solares, y la gigantesca pantalla reproductora del Centro de Seguimiento Espacial de Houston mostró aquella imagen muy detallada, limpia y precisa.

Ernie F. Weiss, de la NASA, se enjugó el sudor de su frente con un pañuelo de celulosa extraído de un recipiente inmediato. Luego apuró el vasito de brandy que un funcionario del Centro Espacial dejara ante su mesa momentos antes.

—Ya vuelven —dijo—. Ya están aquí…

Se volvió vivamente hacia la persona erguida junto a él. Observó su pálido rostro, tenso y emocionado, su mirada fija en la pantalla, la crispación de sus manos, la angustia que le invadía aunque él quisiera combatirla con su propia voluntad.

—Sí —dijo éste, roncamente, como un eco—. Ya vuelven…

Ernie F. Weiss no supo qué decir. Se limitó a afirmar con la cabeza, volviendo a contemplar la pantalla. Monocordes, los técnicos iban deletreando los datos estrictamente mecánicos, dando referencias leídas en las computadoras. Todo correcto.

La fricción con la atmósfera terrestre, la velocidad de caída, el estado de la cápsula, absolutamente todo a bordo parecía correcto. En orden. Sin problemas.

—No tema nada, señor Clarke —musitó por fin Ernie F. Weiss—. Todo va bien.

—Eso espero —fue la ronca respuesta.

—No hay problemas. La cápsula resistirá. Está hecha para resistir mucho más. Mercurio era un planeta difícil desde un principio. Esa nave debía soportar una temperatura de cientos de grados sobre cero en la superficie expuesta al Sol... y de cientos de grados bajo cero en su cara opuesta, donde nunca dan los rayos solares. Resistirá bien la aceleración y el roce con la atmósfera de nuestro planeta, no lo dude.

—Mercurio... —mascullló el hombre, en pie, apretando los labios casi con ira—. ¿Por qué allí? ¿Qué mil diablos tiene Mercurio que merezca la pena arriesgar unas vidas humanas?

Weiss frunció el ceño. Computó una serie de datos, con alivio. Luego, manifestó con una cierta acritud:

—Señor Clarke, todos los lugares del universo tienen algo por lo que vale la pena que uno se arriesgue. O esta organización no tendría razón de ser. Su hermano es astronauta por voluntad propia. Aquí no se obliga a nadie. Y él aceptó esta prueba. Con todos sus riesgos. Algún día será Saturno. O Urano. O una galaxia diferente a la nuestra. Y otros hombres aceptarán gustosos ir allá. No pregunte por qué lo hicieron. Ellos pensaron que era lo mejor. Nosotros también. Alguien ha de hacerlo primero. O no soñar en la conquista de los espacios.

—La expedición ha sido un fracaso —objetó con aspereza Clarke.

—No, señor Clarke. Nunca es nada un fracaso en este trabajo nuestro. Ellos llegaron a Mercurio. Ellos estuvieron allí. Pisaron ese mundo tan cercano al Sol, allí donde era humanamente posible, sin morir convertidos en pavesas, a la luz de un Sol que abrasa todo; en su cara opuesta al Sol. Vuelven con muestras de Mercurio. Con fotografías, películas, mediciones, índices radiactivos y todo eso. En suma, cuando lleguen a tierra, todo habrá sido un éxito.

—Cuando lleguen... —resopló el hombre erguido junto a las grandes pantallas de TV de la Base Espacial de Houston—.

¿Llegarán?

—Espero que sí —suspiró Weiss. Consultó unos datos—. Va a ser difícil su arribada al suelo terrestre si siguen desviándose. Se alejan de las zonas marítimas, pero confiamos en desviar la cápsula por control remoto. En último caso, sus paracaídas y su sistema de freno para tomar tierra firme pueden aún evitar lo peor. De modo que hay un setenta y cinco por ciento o un ochenta de posibilidades favorables para rescatarles con vida.

—Puede darse la posibilidad adversa.

—¡Claro que puede darse, por todos los diablos! —rezongó Ernie F. Weiss—. Pero no ocurrirá, estoy seguro. Su hermano, señor Clarke, estará con vida junto a usted no tardando mucho. Y con él su compañero de viaje de retorno, Stuart Jansen.

—Su compañero… Sí, es posible que mi hermano y Jansen estén pronto entre nosotros. Eso espero. Eso pido a Dios. Pero, ¿y el tercer astronauta? ¿Y Luther Morgenberg, señor Weiss?

Ernie F. Weiss respiró hondo. Inclinó la cabeza. De sus labios las palabras escaparon apagadas, lentamente, con pesar:

—Luther Morgenberg… Cierto, señor Clarke. Había tres hombres en esa nave cuando partió hacia Mercurio. Ahora vuelven dos solamente. Uno pagó su tributo a la ciencia y la técnica de su tiempo. Desgraciadamente, nadie puede rescatar ya al hombre que se quedó en Mercurio… No transcurrirán menos de dos años antes de que esté en condiciones de ser lanzado otro vehículo espacial a Mercurio, y aun eso, con toda clase de urgencias. Para entonces hará mucho más de dieciocho meses que toda esperanza, incluso la más remota, se habrá perdido definitivamente… Eso suponiendo que todavía viva en estos momentos. Sabemos tan poco sobre lo sucedido en Mercurio, desde que toda comunicación con la nave *Mercury 3* se interrumpió…

Vincent Clarke, hermano del astronauta Desmond Clarke, que volvía a bordo de aquella cápsula espacial que ahora era una simple chispa de luz, reflejando la claridad solar en su superficie, por entre los nubarrones que cubrían el continente americano, no respondió nada a ese comentario del experto de la NASA, Ernie F. Weiss. Por el contrario, centró toda su angustiada, tensa atención, en aquella imagen transmitida por las cámaras de 3D-TV desde el punto más inmediato a aquel en donde la nave enviada a Mercurio acababa de

entrar en contacto con la atmósfera terrestre, iniciando la fase más peligrosa de su descenso, sin medios de comunicación, averiada y portando en su interior a solamente dos astronautas de los tres que trasladó al pequeño planeta inmediato al Sol.

El tercer astronauta, Luther Morgenberg…, se había quedado allá. En Mercurio. Muerto. O condenado a una de las más lentas y horribles de las muertes. Solo. Perdido en un planeta extraño. Sin posible ayuda de nadie. En un verdadero ataúd espacial. En una tumba cósmica, paradójicamente tan cercana a la eterna fuente de vida que era el Sol…

* * *

Lo habían logrado.

En el último momento, cuando la cápsula espacial parecía que podía ir a estrellarse contra el *Golden Gate* de San Francisco, o contra los edificios más altos de la ciudad californiana, los controles remotos, desde Houston, consiguieron desviar la trayectoria lo suficiente.

La cápsula cayó en la bahía. Mar adentro, a cosa de diez millas de tierra. En una zona cercada ampliamente por navíos de guerra de la *Navy*, helicópteros, buques de salvamento, canoas civiles, que se prestaban espontáneamente a las maniobras de salvamento, e incluso algunas unidades extranjeras, que solicitaron previamente acercarse al área de jurisdicción norteamericana para cooperar, si era posible, en la tarea de rescate.

La atención del mundo estuvo pendiente de ese instante dramático. Hubo un suspiro de alivio, un respiro ingente de millones de seres pendientes de las pantallas de Estéreo Visión o de las emisiones especiales de radio.

Y se supo que había habido éxito en el Pacífico. La cápsula del *Mercury 3* estaba ya a salvo. Los primeros astronautas del Proyecto *Sun* volvían a la Tierra. Tres eran los ausentes al partir la nave. Dos los de regreso.

Se había perdido una vida. No era la primera en la carrera del espacio emprendida hacía ya cuarenta años. Pero una vida humana siempre era sensible, incluso para una sociedad tan poco sensible y tan materializada como la del año 1998.

Esa vida se inscribiría sin duda en la breve lista de mártires del espacio, iniciada años atrás con hombres como Vladimir Komarov,

de la URSS en 1967, y en el mismo año, en USA, Grissom, White y Chaffee, continuando más tarde, ya en años más avanzados, con la muerte de los astronautas con destino a Marte o Venus, indistintamente de ambas nacionalidades también. Sí. El espacio, el nuevo océano cósmico, negro y tenebroso, también tenía su dolorosa lista de víctimas humanas, de hombres que naufragaron en la más audaz singladura del hombre en la historia.

Aparte esa trágica efemérides, ese tributo forzoso del hombre por el triunfo del hombre, todo era optimismo ahora, cuando el mundo entero vio flotar en el Pacífico la cápsula, mientras se aproximaban helicópteros, lanchas de salvamento y navíos de guerra, y uno tras otro eran rescatados los dos hombres de Mercurio. Primero, el cuerpo inconsciente de Stuart Jansen, extraído con ayuda del propio Desmond Clarke, comandante de vuelo del *Mercury 3*, y trasladado urgentemente al helicóptero sanitario que esperaba ya, sobrevolando la lancha neumática de salvamento.

Después, Desmond Clarke, alto, levemente barbudo, grave y cansado, apareció en la portezuela de la cápsula, se dejó conducir a la lancha neumática por su propio pie, y posteriormente subió a la escala del helicóptero de turno sin ningún esfuerzo aparente, aunque luego diera la impresión de vacilar, agotado, entre los brazos protectores de los hombres de la NASA enviados al rescate.

Lo más difícil estaba hecho; se había recuperado con vida a dos astronautas, a bordo de una nave de retorno desde Mercurio, averiada y con escasas posibilidades de volver a la Tierra. Sin comunicación alguna con la Tierra, sin reservas de aire respirable, sin energía eléctrica, sin medios vitales para sobrevivir, caso de haber fallado algo.

La investigación de lo sucedido quedaba ahora en manos de expertos de la NASA. Pero lo fundamental estaba conseguido, al menos de cara a la opinión mundial.

La cápsula *Mercury 3* fue remolcada por un helicóptero hacia el buque de guerra a cuyo borde se izó, envolviéndosela inmediatamente en una amplia tela plástica aislante para evitar radiaciones. Los contadores *Geiger* de la *Navy* habían acusado en el cuerpo metálico incandescente y antitérmico un grado de radiación realmente elevado, que podía ser perjudicial al ser humano.

En cuanto a Desmond Clarke y Stuart Jansen, habían pasado ya a su forzosa cuarentena como garantía de seguridad. Con más motivo que nunca, al existir radiaciones peligrosas en su nave. Ellos mismos acusaron radiactividad por encima de la normal, ante los indicadores *Geiger* de su cabina hermética de aislamiento donde pasarían un período de cuarentena. En el caso extremo y precario de Stuart Jansen, enfermo de cuidado, inconsciente, su aislamiento sería relativo, con la presencia de un grupo de médicos y expertos, sometidos igualmente a cuarentena por ese motivo.

La NASA transmitió horas después un boletín oficial de información, difundido a todo el mundo por las agencias de noticias:

«Satisfactoriamente, la cápsula Mercury 3 ha sido recuperada por los Servicios Técnicos de la Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio, así como los dos astronautas supervivientes del Proyecto Sun, el comandante Desmond Clarke y Stuart Jansen. Se da por desaparecido, lamentablemente, al tercer astronauta, Luther Morgenberg, abandonado en el planeta Mercurio, en circunstancias de imposible rescate, que serán debidamente esclarecidas cuando los supervivientes refieran lo sucedido en aquel planeta, tras la avería que impidió toda comunicación con nuestras Bases de Seguimiento, y a la vez sus otras averías, que les forzaron a abandonar Mercurio con un mínimo de probabilidades de sobrevivir, con la cantidad mínima de combustible, por pérdida de reservas, y sin apenas energía eléctrica suficiente para lo más indispensable a bordo durante la terrible odisea del largo retorno a su mundo.

«Oportunamente, la NASA transmitirá nuevos informes y detalles sobre el intento de alcanzar el planeta Mercurio, objetivo cumplido aunque con dificultades y pérdidas tan valiosas como lo son una vida humana, definitivamente abandonada a su suerte en un planeta hostil, sin medios de supervivencia. Y el grave estado actual del astronauta Stuart Jansen, de cuyo estado publicamos aparte un boletín médico de urgencia, transmitido desde el interior del laboratorio de cuarentena donde los dos tripulantes del Mercury 3 esperan el momento de reintegrarse a su vida normal.

«Aparte del casi seguro fin del astronauta Luther Morgenberg, lamentamos de corazón que el estado de Stuart Jansen inspire tan serios cuidados, y pueda considerársele prácticamente en coma, sin excesivo

optimismo clínico sobre su futuro.»

En cuanto al boletín médico correspondiente, aunque parco en palabras, era amplio en pesimismo. De él se desprendía que el estado de coma de Stuart Jansen no llevaba trazas de remitir, que sus síntomas clínicos eran confusos, aunque podían responder a un caso de shock intenso por razones desconocidas, o una enfermedad ignorada, que causara algún virus o bacteria de Mercurio, una posible contaminación fuera de este planeta. El pronóstico era de «muy grave», y se esperaba el resultado de análisis, electrocardiogramas y encefalogramas, y toda clase de exploraciones médicas para determinar la situación real del paciente, cosa que prometían aclarar en posteriores boletines médicos.

Eso, unido a lo que pudiera revelar Desmond Clarke a los expertos de la NASA que iban a proceder a su interrogatorio previo para averiguar las causas de lo sucedido en Mercurio, acaso daría alguna luz sobre el misterio espacial.

Acaso...

* * *

El presidente tomó la hoja mecanografiada. Leyó su contenido. Giró la cabeza, contemplando a su interlocutor, en pie al lado opuesto de la mesa del despacho presidencial.

—¿Es todo? —indagó.

—Todo, señor —afirmó el jefe de la NASA.

Hubo un silencio. El presidente volvió a leer el documento. Paseó por entre los muebles tradicionales, que tanto contrastaban con la nueva etérea línea del mobiliario de fines del siglo XX. Se detuvo frente al ventanal, asomado al Washington de aquel año 1998, tan estilizado de líneas, tan frío e impersonal como un mundo plastificado y rígido, que se elevaba al cielo en formas de un gótico fantasmal y artificioso, obra de artistas deshumanizados.

Se prolongó la pausa unos minutos. El alto funcionario de la NASA esperaba, violento y preocupado. El gesto del presidente, habitualmente risueño y afable, era en estos momentos grave, duro, frío y hondamente abstraído.

—Tiene que haber algo más —dijo por fin el primer mandatario de la nación.

—Por supuesto, señor. Tiene que haber algo más. Pero...

Estrujó la mano presidencial el texto mecanografiado en la hoja oficial. Los dedos nervudos rasgaron el azul emblema de la NASA en su membrete.

—Búsquenlo —dijo—. A cualquier precio.

—Lo haríamos, señor. Pero..., ¿dónde?

—¿Dónde? —se volvió despacio—. Tienen al comandante Clarke, ¿no?

—Ahí está cuanto él nos dijo hasta ahora, señor —señaló el papel escrito.

—No es suficiente.

—Conforme. No es suficiente. Pero es todo lo que hay.

—¿Y Stuart Jansen?

—En coma, señor. No puede hablar. No reacciona.

—Ya —el presidente sacudió la cabeza, perplejo—. Necesitamos saber. Saber por qué, ¿no se da cuenta?

—Me doy cuenta, señor presidente. Pero, ¿qué puede hacerse?

—Supongo que nada. ¿Se opuso a hablar Clarke?

—En absoluto, señor. Se ofreció a mencionar cuanto sabía.

—Que es bien poco.

—Muy poco, en efecto. Él lo admitió así. Está exasperado. Pero no puede hacer más.

—¿Utilizaron otros procedimientos?

—Desde luego, señor. Y con pleno asentimiento del comandante Clarke. Se utilizaron las tabletas de suero, la inyección inducto-consciente, las vibraciones del detector... Todo con igual resultado: negativo. Clarke no añadió una sola palabra más. Ni un detalle, ni un indicio. Solamente lo que está escrito ahí.

—No tiene sentido —rechazó el presidente—. Algo sucede. Algo le impide a Clarke hablar totalmente.

—Eso afirma el cuadro médico. El psiquiatra examinó su mente ya. Dice que es normal, y no sufre shock alguno. Sólo que... no hay más conocimientos que esos. No nos oculta nada. Dijo cuanto sabe.

—Creo que voy a hacer algo.

—¿Qué, señor?

—Ir personalmente a hablar con Desmond Clarke.

—¿Usted, señor presidente? —se asombró el jefe de la NASA.

—Sí. Yo. Hoy mismo. Dispondré todo para el viaje inmediato...

* * *

Y el presidente visitó oficiosamente al astronauta Desmond Clarke, en su laboratorio de aislamiento. Entre ambos hombres hubo un muro aséptico que impedía toda contaminación. Pero ambos podían verse a través de cristales herméticos, y oírse sus voces mutuamente por un sistema de micrófonos.

Lo que dialogaron ambos fue estrictamente confidencial. Prácticamente, un secreto de Estado. A la Prensa se le informó oficialmente de que el presidente de Estados Unidos había ido a felicitar de modo personal al triunfador de Mercurio. Eso fue todo.

En la Casa Blanca se facilitó un breve comunicado, cuando algunas personalidades de la vida científica, cultural e incluso política del país, pretendieron saber detalles sobre el dramático viaje a Mercurio.

Y en ese comunicado se informó al público de que se mantendría un silencio momentáneo sobre el asunto, en tanto se aclaraban las circunstancias exactas de los fallos técnicos y humanos dentro de la misión del *Mercury 3*.

Oficialmente, pues, la Casa Blanca daba su veredicto sobre la cuestión: TOP SECRET. Y a los organismos correspondientes e incluso a la Prensa y medios informativos, llegó la consigna presidencial más o menos velada: Total reserva.

¿Por qué?, se preguntaron muchos.

¿Por qué?, fue la interrogante general, sobre todo en los medios oficiales que desconocían el informe secreto entre el presidente y la NASA.

La familia del desaparecido Luther Morgenberg estaba lejos de Estados Unidos, y su demanda de información fue veladamente atendida por los círculos oficiales de Washington, aunque sin duda nada aclararon a la viuda Morgenberg, allá en su ciudad natal de Centroeuropa, donde naciera su esposo, antes de ir a Estados Unidos, nacionalizarse norteamericano e ingresar en la NASA como astronauta.

En cuanto a todos los demás relacionados con los astronautas, solamente la familia Clarke podía preocuparse por el oscuro caso en que se había convertido el viaje heroico de su pariente. Stuart Jansen no tenía familia alguna.

Y lo mismo que entre los Clarke surgieron las preguntas sin respuesta, las dudas y las inquietudes, en otro lejano lugar del

mundo, personas no relacionadas directamente con el proyecto *Sun* de los organismos espaciales USA, empezaron a preocuparse e interesarse muy vivamente por el desconcertante, inexplicable TOP SECRET que estaba rodeando ahora al viaje de regreso de Mercurio.

Ese lugar era la Unión Soviética.

CAPÍTULO II

Niebla

«Orden urgente: Suspendan Proyecto *Estrella Roja*.»

La notificación llegó al cosmódromo soviético directa desde el Kremlin. El jefe de Operaciones Espaciales del Gobierno soviético dictó en el acto la orden a los servicios de control del cosmódromo.

El Proyecto *Estrella Roja* estaba exactamente en su veinticinco hora de cuenta atrás. Solamente once horas más, y el proyectil emprendería su vuelo cósmico previsto... en dirección al planeta Mercurio, con un hombre y una mujer a bordo. Los cosmonautas estaban ya en la cápsula. El cohete, a punto de encender sus propulsores, para afrontar las últimas horas, previas al lanzamiento.

De súbito, todo se suspendía sin razón. No había dificultades técnicas. El estado físico y psíquico de los dos tripulantes era perfecto. Aun así, se daba contraorden. Todo había terminado.

El Cosmo-Jod soviético se quedaba en tierra. Definitivamente. Hasta nueva orden. Hasta fecha indeterminada. Por orden directa del Soviet Supremo, transmitida a los adecuados servicios tecnológicos del país.

La noticia apareció en Pravda Cassette, y pudo ser seguida por todos los ciudadanos de la URSS casi al mismo tiempo que por los lectores occidentales, que recibieron el informe a través de *Tass-Cassette-News*, por el Canal de Servicio Informativo Internacional a todos los domicilios provistos de TV cassettes recibidos en directo desde las centrales informativas mundiales.

Fue una noticia seca, parca, poco expresiva en sí, pero rotunda en su sentido:

«Viaje del Cosmo-Jod URSS 1099. Misión Mercurio, dentro del Proyecto Estrella Roja. Suspendido hasta nuevo aviso. Razones de orden técnico interior. Informaremos oportunamente sobre su lanzamiento definitivo.»

Eso era todo. Para los servicios de información de Estados Unidos parecía suficiente. Por sí sola, la noticia significaba cautela. Incluso temor. Algo había trascendido hasta los círculos de inteligencia soviéticos. Los expertos en astronáutica tenían sus reservas sobre el silencio oficial norteamericano respecto al *Mercury 3*.

Y esas reservas se concretaban en una suspensión hasta nuevo aviso. Sin duda, entretanto, la tecnología soviética trataría de descubrir el fallo, la posible emergencia, la razón del mutismo americano sobre su recién terminado experimento, y la suerte corrida por el astronauta perdido en Mercurio.

Era un compás de espera, a fin de cuentas. En eso no había misterio alguno. Como tampoco podía haberlo en dos cuestiones fundamentales de las dos grandes potencias espaciales, empeñadas en una carrera de vuelos cósmicos, de conquistas, y a la vez de mutuos recelos, de silencios, de falta de cooperación, de tácitas reservas y disimulos.

Una de esas cuestiones era que Estados Unidos investigaba a fondo las causas de ese posible fracaso en Mercurio, y las circunstancias que les impulsaba a mantener su postura de reserva oficial ante los medios informativos y la opinión pública. Otra, la de que la Unión Soviética, interesada igualmente en la conquista de Mercurio y otros planetas del Sistema Solar, como principio para más amplias y ambiciosas aspiraciones, no vacilaría en iniciar una investigación estrictamente secreta de los motivos norteamericanos en torno al asunto.

Todo ello resultaba obvio. Todo ello era cuestión de momentos. La doble máquina investigadora, a uno y otro lado del telón de acero, estaba ya en acción.

Y parte de esa máquina la constituían los propios seres humanos. Un agente por parte norteamericana. Otro, por parte rusa.

Dos personas en pos de una misma explicación, por caminos diferentes. Y antagónicos. Casi, casi, rivales. Enemigos en potencia.

* * *

—Sí, coronel Volnov. He entendido perfectamente la cuestión.

—Entonces, camarada Iiona Dniev, le deseo suerte. Va a necesitarla. Suerte... y mucha astucia. Ellos no van a darle facilidades en la cuestión.

—Lo imagino —sonrió Iiona Dniev, agente especial del Servicio de Inteligencia del Nuevo Departamento Espacial de la Unión Soviética—. Confíe en mí, coronel. Llegaré hasta el fondo del asunto, sea como sea.

—Exacto. Sea como sea. No tendrá otra posibilidad, camarada Iiona Dniev —suspiró el fornido, inexpresivo y taciturno coronel Volnov, de Inteligencia Militar. Se reclinó en su confortable asiento, contemplando sobre las cúpulas bizantinas del Kremlin moscovita el vuelo majestuoso, apacible y seguro de los modernos aerotaxis de la gran urbe rusa— Me temo que hay algo extraño en todo ese silencio americano.

—¿Extraño? —la rubia, suave belleza de la agente secreto soviética, reveló curiosidad y vivo interés—. ¿En qué sentido?

—No lo sé, mi querida Iiona. Pero los americanos no son partidarios del silencio. No forma parte de sus tácticas, la verdad. Acostumbran a revelar sus aciertos y fracasos, para bien o para mal. No apruebo ni reprocho su procedimiento. Es el suyo, y hacen bien en realizarlo así, si así les gusta. Pero en esta ocasión, la reserva es excesiva. Sobre todo, teniendo en cuenta que un hombre se ha perdido en el espacio, sin clara explicación por parte oficial.

—¿Luther Morgenberg?

—Exacto. Un experto astronauta de origen europeo, nacionalizado americano. Se le escogió para ir a Mercurio con Desmond Clarke y Stuart Jansen, sólo porque Morgenberg dedicó su vida a estudiar el planeta Mercurio, y en teoría era uno de los hombres que más sabía sobre ese desagradable y pequeño planeta, en uno de cuyos hemisferios puede uno derretirse sólo con pisar, y en el opuesto congelarse a poco de llegar, pese a las medidas extremas de seguridad que para ello se tomen, salvo en el caso de ir equipados como actualmente van los astronautas para soportar el más inclemente frío.

—Y precisamente Morgenberg... se quedó allí.

—Eso es. Se perdió en el planeta. No se le pudo recuperar, y se agotó el tiempo disponible para sus compañeros. De no haber vuelto en ese momento preciso, nunca lo hubieran podido hacer. Aun así, sus condiciones de regreso fueron infames. Pero llegaron. Con un Stuart Jansen moribundo, y un Desmond Clarke extrañamente indemne y en perfectas condiciones. Todo eso es raro. Muy raro.

Más aún lo nebuloso de la actitud oficial de la Casa Blanca y de la NASA. No dicen nada, no aclaran nada. ¿Qué fue de Morgenberg en Mercurio? ¿Qué dolencia sufre Stuart Jansen? ¿Qué ha revelado Desmond Clarke, que el público no debe conocer?

—Se supone que ésa es mi misión: dar respuesta a todas las preguntas, para conocimiento de nuestro país.

—Sí, camarada Iiona Dniev —suspiró el coronel Volnov—. No va a serle fácil, lo sé. Pero ha sido elegida como nuestra mejor agente. Buena suerte. No vacile ante nada. No tenga escrúpulos. De usted depende el éxito de nuestros propios planes espaciales inmediatos... y la posibilidad de proteger a nuestros astronautas de riesgos que ignoramos.

—No necesita recordármelo. —La joven, esbelta, bien formada figura de la rubia Iiona, se irguió ante su jefe. Los azules ojos, inteligentes y vivaces brillaron con intensidad. Sus labios carnosos, de un suave tono carmín, dibujaron una decidida expresión, al concluir, rotunda—: Sea lo que sea, llegaré hasta ello, coronel.

—Así lo esperamos, camarada. Pero tenga cuidado. Mucho cuidado. No sé por qué... intuyo en todo esto algo raro. Muy raro. Y sumamente peligroso. No sólo para usted, sino para todos. Incluidos los americanos...

* * *

—¿Peligroso, señor?

—Sí, Mac Kervin. Muy peligroso. Ese texto soviético, tan conciso, revela que sospechan algo anormal en la marcha de la investigación espacial. Querrán descubrir lo que sucede.

—También quisiera descubrirlo yo —sonrió Ross Mac Kervin, risueño, con cierta ironía.

—Le aseguro que sé tanto como usted y como los demás. —El director de Información de Actividades Espaciales Civiles se encogió de hombros decididamente, sin dejar de pasear entre los oscuros setos y pálidas flores invernales, en los jardines del edificio washingtoniano, bajo el nuboso cielo de diciembre—. La NASA no ha sido muy amplia en sus informes. Tampoco lo fue Desmond Clarke, el jefe de la expedición del *Mercury 3*. Confío en que todo se reduzca a un incidente espacial, trágico pero irremisible. No obstante, la Casa Blanca quiere proteger lo más posible a nuestros futuros astronautas.

—¿Está ahí el peligro a que se refirió antes?

—Parece que sí. Desmond Clarke ha informado de cuanto sabe. Pero no es suficiente. No lo recuerda todo. Hay lagunas en su informe sobre el viaje a Mercurio. Lagunas importantes. No se le ha podido sacar más. Parece impresionado, fatigado, incluso víctima de cierto estado de psicosis. Se le ha concedido un descanso. Disfrutará de un mes de vacaciones, aunque aisladamente, sin recibir a periodistas, curiosos ni visitante alguno. Ha elegido Europa, y allá irá. Con vigilancia especial, rodeado de una escolta que le proteja de todo. De recepciones oficiales, de espontáneos homenajes, de curiosidades informativas y todo eso. Un riguroso incógnito rodeará su viaje a Europa. Viajará bajo nombre supuesto, y observado de cerca por médicos y por agentes federales escogidos especialmente, de modo que él mismo no se sienta cohibido, acomplejado ni lleno de sensaciones de encierro o de aislamiento.

—Entonces, no veo el peligro…

—Amigo Mac Kervin, algo sucedió allá, en Mercurio —dijo, gravemente, el jefe de Información Espacial, señalando con aire vago al aire, por encima de sus cabezas—. Algo que no entendemos. Pero un hombre no volvió. Ni jamás volverá; se trata de Luther Morgenberg. Otro hombre sigue en coma. Y no sale de ese estado. Stuart Jansen padece un mal desconocido. Los médicos no saben lo que ello sea. La medicación no da resultado. El paciente no empeora, pero tampoco mejora.

—Todo resulta muy raro, ¿no?

—Mucho. Lo es desde un principio. El único capaz de revelar lo ocurrido en Mercurio es Desmond Clarke. Pero no lo hace. No puede, no sabe o… no quiere.

—¿No quiere? —se sorprendió Ross Mac Kervin, enarcando las cejas. Sus ojos oscuros, grises y fríos, revelaron sorpresa—. ¿Por qué habría de suceder eso? ¿Dudan de su lealtad, señor?

—No hay motivo para eso. Clarke ha sido siempre un hombre eficiente y lleno de virtudes en su profesión. Un excelente astronauta, Mac Kervin. Confiamos en él. Pero está sometido a algo de tipo psíquico, y los propios especialistas ignoran lo que pueda ser. El hombre empieza a enfrentarse a riesgos desconocidos en el espacio exterior. Nuestros experimentos cósmicos son cada vez más audaces y erizados de dificultades. Ignoramos hasta qué punto

puede eso perjudicar al organismo humano. Y muy especialmente, al cerebro, vital elemento en el ser inteligente, en la humana criatura.

—Difícilmente veo que mi trabajo pueda serle útil a Desmond Clarke o a este departamento, señor. No soy un experto en psicología ni psiquiatría.

—No es ése su trabajo, Mac Kervin. Para él ya tenemos expertos rodeando a Clarke. Y seguirán rodeándole en su viaje a Europa. ¿Sabe una cosa? Hay alguien que quiere ver personalmente a Clarke.

Y no podemos negarnos, en conciencia, a tal deseo. Es muy lógico y razonable. Me refiero a la señora Morgenberg. Ludmila Morgenberg, que perdió a su marido en Mercurio.

—Entiendo —inclinó Ross la cabeza. Se detuvo junto a un banco del jardín, apoyándose en su respaldo, pensativo. Sacudió la cabeza —. ¿Cómo ha reaccionado ella?

—Admirablemente. Reside en Múnich. Su esposo, como ella, era natural de esa ciudad alemana. Su abuelo trabajó en las V-l y V-2 nazis, de hace casi sesenta años. Su padre vino con Von Braun a Estados Unidos, siendo muy joven. Él quiso seguir sus pasos, aunque nació en Alemania, tras volver su padre a Europa, una vez terminada su labor en Cabo Kennedy hace ya muchos años de eso. Y aquí acudió, ingresando en la NASA. Su esposa nunca quiso residir en nuestro país, salvo esporádicamente, en breves visitas. Múnich sigue siendo su lugar de residencia. Y desde Múnich nos ha manifestado su deseo de entrevistar a Clarke, de hablar con él sobre Luther. No hemos podido negarle ese derecho, aunque nada saque en limpio de ello. Durante la estancia de Desmond Clarke en Suiza, donde va a pasar su período de descanso y recuperación, entre deportes de alta montaña y clima de reposo en un albergue de Montreux, la señora Morgenberg verá durante unos minutos a Clarke. Esperamos observar secretamente la escena, grabando y filmando cuanto allí se haga y se diga, aunque fingiendo dejarles a ambos a solas.

—¿Espera algo positivo de ese encuentro?

—Para serle franco, no espero nada —confesó el alto funcionario de Washington, con un resoplido de malhumor—. Pero hemos de apurar posibilidades, llegar al fondo de todo esto. Las medidas

adoptadas en torno a Clarke son estrictas y severas. Aun así, temo que los agentes soviéticos descubran nuestras medidas y traten de contrarrestarlas, de llegar hasta Clarke, de saber qué sucedió... Sus procedimientos me preocupan. Clarke podría sufrir un brusco shock, una imprevisible reacción, si llegara a ser prisionero de ellos y sufriera determinados procedimientos policiales. No quiero ni pensar en las consecuencias de un riesgo similar. Por ello usted, Mac Kervin, deberá investigar a Clarke, vigilar de cerca, impedir que los rusos obtengan algo positivo... En suma, el eterno trabajo de cualquier agente secreto, pero en un terreno tan extraño y anómalo como es el de la carrera espacial.

—Personalmente, creo que todo eso se evitaría si actuáramos de otro modo; de mutuo acuerdo, unidos ambos países, cooperando en la conquista del espacio, señor.

—También pienso igual, pero es, como en su caso, un criterio personal, no oficial ni mucho menos. Y puesto que así nos ponen las cosas, así hemos de aceptarlas, nos guste o no, Mac Kervin. Nos envolvemos intencionadamente unos y otros en una niebla de reticencias, secretos y procedimientos confidenciales. Así están hechas las medidas, y así las seguimos porque es nuestra obligación. Los soviéticos no han dudado en desprestigiarnos públicamente por lo que califican un fracaso espacial, con pérdida injustificada y poco clara de una vida humana, y el riesgo de pérdida de otra en cualquier momento. También nos acusan de ocultar evidencias y hechos. Nosotros haríamos igual, en caso inverso, para ser sinceros. Es el eterno juego de la política. Y debemos seguirlo, nos guste o no.

—Bien. Sigámoslo —sonrió Ross Mac Kervin—. Y envolvamos en niebla los hechos. Al menos, para los demás. Pero no para nosotros, señor. Concretamente, ¿qué supone usted que ha sucedido en Mercurio? ¿Qué le ocurrió a Luther Morgenberg? ¿Qué le ocurre a Stuart Jansen? ¿Qué le está sucediendo a Desmond Clarke?

Hubo un silencio. Reanudaron su paseo. Soplaba un tenue aire, húmedo y frío. El nublado era más persistente en las alturas. Y como si fuese un símbolo de lo que hablaban, una ligera neblina envolvía aquella tarde los perfiles oficiales de los edificios de Washington, formando un gris panorama, carente de atractivos.

La voz del director de Información de las Actividades Espaciales Civiles habló con lentitud, tras un largo silencio repleto de dudas e

indecisiones:

—No lo sé —resopló—. Eso es lo tremendo, Mac Kervin. No sabemos nada de nada. Sólo que un hombre vivo se nos quedó inexplicablemente en Mercurio, para sufrir una muerte lenta y terrible. Que otro hombre sigue sin recuperarse, en un hospital, con riesgo de morir en cualquier momento. Y que un tercer astronauta, el héroe de esa hazaña espacial, parece incapaz de decirnos lo que sucedió allá, en el planeta explorado. Sea ello lo que sea, tengo miedo, Mac Kervin.

—¿Miedo? ¿A qué, señor?

—A algo que ignoro lo que pueda ser. Pero que existe. Que está presente en la desaparición de Luther Morgenberg, en el estado de coma de Stuart Jansen… y en el silencio de Desmond Clarke. Algo cuya explicación y naturaleza esté, quizá, muy lejos. Justamente en ese mundo donde ellos estuvieron…

—En Mercurio…

—Sí, Mac Kervin, en Mercurio.

* * *

Mercurio.

Era aquella mancha luminosa, hacia el este del firmamento. Aquel puntito distante, perfectamente definido en la madrugada salpicada de nubes. Comparó esa lejana visión terrestre del diminuto planeta inmediato al Sol con las brillantes fotografías obtenidas por el *Mercury 3* en su viaje hacia aquel mundo vecino, abrasador en un lado y gélido en otro, a causa de la idéntica duración de sus días y de sus años, por la igualdad entre sus períodos de rotación y traslación.

Las películas obtenidas en la zona helada del pequeño mundo inmediato al Sol no revelaban gran cosa: cráteres, zonas rocosas escarpadas, superficies heladas, como de una dura escarcha eterna, que parecía demasiado azul y demasiado diamantina para proceder de agua helada. Acaso eran cristalizaciones minerales. Los materiales traídos en escasa cantidad por la astronave norteamericana seguían en período de examen, y el silencio oficial gravitaba sobre su composición, tal vez carente de hidratos y de oxígeno.

Gran parte del film estaba velado por razones que Clarke tampoco supo explicar. Apenas si una veintena de fotogramas eran

aprovechables; en ellos, los astronautas habían captado vistas del *Mercury 3* posado en la superficie fría del planeta sin aire ni vida animal o vegetal comprobada, al otro lado del hemisferio calcinado brutalmente por el Sol. El cámara fue casi siempre Stuart Jansen, porque se podía reconocer, bajo sus atavíos espaciales, a Clarke y a Morgenberg, con escafandras, pesados equipos de seguridad y defensa térmica contra los rigores tremendos del planeta, y solamente un fotograma mostraba a Jansen, al parecer brincando en el aire, como cazando mariposas con sus manos abiertas, enguantadas, en saltos inverosímiles, que se justificaban por la ingravidez de Mercurio comparada a la terrestre en la proporción de cuatro a uno. Esto es: cien libras de peso en la Tierra eran sólo veinticinco en Mercurio. Esa liviandad se notaba en la elasticidad de movimientos de los pesados cosmonautas.

También Morgenberg daba la impresión de cazar mariposas o moscas, en unos saltos y manotazos captados por otro fragmento del fallido film en color obtenido en el pequeño mundo visitado. Pero no podía haber insectos en Mercurio, dada la carencia de aire. En la fotografía, como máximo, se apreciaban leves manchas, como gránulos. Posiblemente eran sólo polvo o partículas de algo, flotando en el vacío planetario.

Estaban también poses peculiares, como el momento de hincar la bandera de Estados Unidos en el gélido suelo mercuriano, la extracción de piedras y polvo para las máquinas de análisis, y cosas parecidas. Lo habitual en esos viajes, lo que la televisión difunde siempre, como prueba de un nuevo logro humano, motivo de orgullo nacional exacerbado. Nada original, en suma.

Dejó las fotografías a un lado. Volvió a contemplar la imagen matutina de Mercurio, una simple luz perdida en el azul límpido de la madrugada, poco antes del amanecer. Hundió las manos en los bolsillos de su batín, respirando con fuerza. Cerró la ventana. Regresó al centro de la habitación.

Había madrugado excesivamente sólo para eso; enfrentándose un instante apenas, a remota distancia, con el enigma cósmico de Mercurio, no desvelado en él viaje sideral de Clarke y sus camaradas. Es más: en vez de esclarecer el misterio de Mercurio, éste aumentaba aún de grado. ¿Qué extraña dolencia había adquirido Jansen en aquel mundo? ¿Qué sucedió con Morgenberg?

¿Qué le hacía olvidar a Clarke los hechos fundamentales?

—Mercurio… —musitó Mac Kervin—. Me gustaría conocer tu secreto, aun sin pisar tu superficie. Pero supongo que eso es imposible. Totalmente imposible…

La niebla del misterio seguía rodeando el asunto.

No parecía fácil penetrar en ella y desvelarla, ciertamente. Ahora, por el momento, su misión se concretaba a una sola cosa: el viaje a Europa, con la escolta de Desmond Clarke.

Y allí…, ¿qué?

Posiblemente, nada. A pesar de los temores de su jefe. Y de suceder algo…, ¿qué podía ser ello?

Ross Mac Kervin no tenía la menor idea al respecto. Sólo estaba seguro de algo: de que él personalmente prefería que nada sucediera. Lo prefería a ciegas. Y no hubiera podido dar una razón que justificara ese modo de pensar.

CAPÍTULO III

Centro Europa

Desde la ventana, el nevado paisaje era agreste y hermoso.

Figuras lejanas, de vivo colorido, descendían en esquíes, ladera abajo. El centro de deportes invernales de Montreux, con sus pistas de slalom, sus rutas heladas de bobsleigh y sus telesillas y teleférico, era un ámbito de sosiego, de paz y de salubridad para un hombre como él, fatigado y sometido a los efectos de una sobrexcitación física y psíquica.

Sin embargo, en ese momento había crecido la tensión en el gabinete confortable, acogedor, donde ardía con crujidos amistosos la leña seca en el hogar, y las cabezas de venado y de oso, disecadas, en los muros de troncos, parecían gozar de una nueva vida, que bailoteaba en el brillo cristalino de sus ojos de vidrio, iluminados por el parpadeo rojizo de las llamas.

Sucedió justamente cuando entró la mujer y se cerró suave, tibiamente, la puerta de gruesas tablas. El propio Desmond Clarke pasó el pestillo, para evitar interrupciones, y contempló en silencio a la mujer enlutada, de sobrio, hermoso rostro pálido, delgado y sutil, de ardientes ojos, mejillas hundidas, acentuados pómulos, boca apretada y alta figura, a la que el negro del luto no podía privar del encanto estilizado pero tremendamente sensual de sus formas suaves, armoniosas.

—¿Señora Morgenberg? —preguntó, sencillamente, Desmond Clarke.

—Sí, comandante Clarke —murmuró ella, en respuesta.

Se miraron ambos. En silencio, Clarke señaló un asiento frente a él. En la mesa había dos copas Napoleón y una botella de buen brandy francés. En una cafetera eléctrica bullía la aromática infusión. Dos tazas bordeadas de oro en su blanca porcelana aguardaban.

—No me llame comandante —suspiró él, tras la pausa—. Solamente lo soy a efectos de navegación. Pertenezco al personal civil de la NASA. Como su esposo. Soy Desmond Clarke, a secas. Mi graduación termina cuando nos posamos en tierra, de regreso.

—Entiendo. —Los ojos de ella, de un profundo tono verde llameante, se fijaban en él, con intensidad—. De regreso ha dicho... No siempre regresan todos, ¿verdad?

—No, no todos. —Clarke tomó aire. Ella se acomodó. El color humo de sus medias no bastaba para disimular la belleza de sus pantorrillas, el suave arranque de sus bien torneados muslos bajo la falda breve—. Siento lo de su esposo, señora. Sé que sonará a rutina, pero es la verdad. Fuimos compañeros. Camaradas de peripecia. Lo que sucedió fue tremendamente doloroso para mí, créame.

—Le creo. Pero, ¿qué sucedió, señor Clarke? —interrogó ella, glacial.

Desmond se agitó inquieto. Tomó la cafetera.

—Usted lo sabe igual que yo —dijo—. El no pudo volver. Se quedó allí... ¿Café, señora?

—No, gracias... —Insistió en su pregunta—: ¿Qué sucedió exactamente, señor Clarke?

—Es difícil referirlo... —La respiración del astronauta se hizo más agitada. Tembló su mano al servirse, y derramó café en la mesita y hasta en la alfombra de pieles—. ¿Brandy?

—Sí, por favor —aceptó ella. Le seguía mirando. Sus verdes ojos ni un momento se desviaban de él—. Sigo esperando su respuesta...

—Ya le dije que es difícil. Ocurrió otras veces, señora. Un astronauta que se extravía, que no regresa a tiempo... Se le hacen llamadas. No responde. Ni siquiera sabe uno si funciona su sistema de comunicación. Se le busca. Vence el tiempo. El tiempo es algo precioso en nuestro trabajo. Matemático. Retrasar en un minuto un regreso a la Tierra puede significar la diferencia entre el éxito o el fracaso, entre la vida o la muerte. Volver a la hora equis, minuto doce, segundo veintidós, por ejemplo, es la victoria y la vida. Volver a los trece o catorce minutos es el fin. El desastre. Nosotros, señora Morgenberg, hicimos todo lo posible por evitarlo. Retrasamos la salida. Era una temeridad. Pasaron minutos. Muchos. No uno ni dos. No cinco ni diez. Casi una hora sobre lo previsto. Y sufríamos

averías serias en la nave. Un choque al llegar alteró algún instrumental a bordo. Al partir, por causa de esa demora, lo hicimos erróneamente, y chocamos con unos abruptos montículos. Eso lo complicó todo más aún. Mi compañero Jansen estaba enfermo. Y su esposo, señora, no volvía. No respondía. Yo había explorado en torno, cuanto me permitía un mínimo de seguridad. Cuando comprendí que nunca encontraríamos a Luther..., tuvimos que iniciar el regreso. Eso fue todo.

—No, señor Clarke. No pudo ser todo —replicó ella, fríamente.

—¿Supone que he mentido en algo?

—No supongo nada. Usted me habrá dicho la verdad. No existe medio de comprobarlo, pero creo en usted. Sólo que... no me ha dicho algo. ¿Por qué mi marido se ausentó de la nave y la zona de seguridad que debían respetar todos?

—Eso, no lo sé. —Desmond se encogió cansadamente de hombros—. En circunstancias normales, nunca lo hubiera hecho. Un planeta desconocido, un mundo extraño, alteran el modo de ser, de pensar, de reaccionar...

—Luther era un veterano del espacio. ¿Qué le ocurrió para reaccionar así esta vez?

—Lo ignoro, señora. Tenía órdenes, como todos, de no separarse más de cien yardas de la nave. Debió irse a millas. Subí a una elevación y busqué. No di con él.

—Señor Clarke..., ¿qué trata usted de ocultarme? —preguntó ella, de repente.

Desmond pegó un respingo. Pestañeó. Su rostro, sus ojos, revelaron súbita desorientación, una indecisión profunda, tremenda. Fue como si fuera atacado por un punto por el que no esperaba.

—No le oculto nada —jadeó—. ¿De dónde ha sacado eso?

—De sus propias palabras —casi acusó ella—. ¿Pudo perderse Luther, alejarse sin darse cuenta del punto de origen de su trágico paseo?

—Pudo ser, sí. Sobre todo, si le falló su brújula especial, de automagnetismo, para orientarse en cualquier planeta. Ya le digo que muchos instrumentos no funcionaban. Ni nuestras comunicaciones con la Tierra. No les oíamos, ni ellos a nosotros.

—Mi, marido..., ¿estaba normal cuando se ausentó?

—¿Qué quiere decir? —Nueva sorpresa e incertidumbre en

Desmond Clarke.

—Lo que he dicho. ¿Estaba enfermo mi marido? ¿Estaba sano? ¿Su mente era normal cuando hizo lo que hizo, perdiéndose en el planeta Mercurio para siempre?

—No soy médico ni psiquiatra, señora —dijo él, secamente—. Supongo que sí, que todo iba bien en él. ¿Es que había de estar anormal para extraviarse?

—Sabiendo que su tiempo estaba medido, que no debía perderse ni alejarse demasiado de la cápsula, me resulta extraño imaginar que un veterano del espacio como Luther… fallara así, de repente.

—Todos estábamos un poco nerviosos, desorientados. La dolencia de Stuart…

—La dolencia de Stuart… ¿Cómo empezó esa dolencia, señor Clarke?

—Pues… no sabría decírselo fácilmente. Empezó sintiendo fiebre. Tomó píldoras antipiréticas. Y otros medicamentos comprimidos. Empeoró. La fiebre aumentó. Se quejaba de dolores inconcretos. De repente, perdió el conocimiento. La fiebre era muy alta entonces. Entró en coma. No se ha recuperado todavía.

—¿Y Luther? ¿Tenía también fiebre?

—Pues…, la verdad, sí —confesó al fin Clarke, con un suspiro—. Tenía fiebre.

—Señor Clarke, nunca antes admitió eso…

—No tiene gran importancia. Yo mismo tuve fiebre, y tomé medicamentos. Cedió la temperatura. Igual en su esposo. El último día volvió a sentir fiebre alta, tomó antipiréticos y remitió la temperatura. Todo normal. ¿Por qué había de ser de otro modo?

—No sé. Creo que entre todos me ocultan algo. La NASA, el Gobierno, usted… Algo falla, y no sé lo que es, señor Clarke. Las mujeres tenemos intuición, sexto sentido o como quiera llamarlo. Resulta lógico que sospeche algo raro. Si Luther hubiera sido un novato, habría justificación a su comportamiento, bien por imprudencia o por error. Pero era un experto en vuelos, en viajes espaciales… Sabía a lo que se arriesgaba alejándose de la nave, y no entiendo por qué lo tuvo que hacer, quedándose para siempre en Mercurio, muriendo allí sin ayuda de nadie, sin poder siquiera ser enterrado como un ser humano cualquiera…

—Me gustaría poderle ayudar en algo. —Apuró su café y se

incorporó—. Lo siento. No es más de lo que le dije.

Ludmila Morgenberg también se puso en pie. Majestuosa, fría, altiva. Caminó hasta Desmond. Contempló pensativa al astronauta de rojizo cabello cortado a cepillo, de rostro saludable, fuerte y joven, de claros ojos enérgicos. Las mejillas de Clarke, acaso por el clima confortable de la estancia y el fuego de la chimenea, la reacción contra el seco frío exterior de Montreux, o la tensión de aquella escena poco agradable con la viuda Morgenberg, aparecían levemente teñidas de rubor.

—Gracias —musitó la viuda, con inesperada dulzura—. Gracias por todo, y perdone mis preguntas impertinentes. Espero se haga cargo de mi situación y sentimientos actuales...

Asintió gravemente Clarke. Ella tomó su mano y la oprimió con fuerza al tiempo que se inclinaba, besando de forma espontánea la mejilla de Desmond.

Retiróse luego, tocándose los labios, con sorpresa. Caminó hacia la salida, sin desviar sus ojos del astronauta americano.

—Señor Clarke, ¿se ha dado cuenta? —murmuró la viuda Morgenberg—. Sufre usted una alta fiebre en estos momentos... Muy alta. Vigile la salud..., no sea que sufra la misma dolencia que su compañero Stuart Jansen...

Y salió de la estancia, sin añadir nada más. Cerró tras de sí la puerta, dejando solo a Clarke en la habitación de aquel hotel-albergue de Montreux donde el joven astronauta americano pasaba su período de descanso y aislamiento, bajo nombre supuesto.

Desmond Clarke juró entre dientes, preocupado. Se tocó la frente y el pulso. Agitado, se acercó a un espejo, que le devolvió su imagen, con las mejillas enrojecidas. Extrajo de su bolsillo un tubo de cápsulas. Tomó dos, con un sorbo de café. Respiró hondo, mientras se dejaba caer en el asiento.

—Fiebre... —susurró—. ¡Dios mío, fiebre!... No, espero que no... No puede ser tan horrible. No puede ser...

Y su frente y rostro transpiraban copiosamente un pegajoso y frío sudor.

* * *

—Fiebre. ¿Ha oído esa palabra, Mac Kervin? Fiebre.

—Se repite bastante en la entrevista —convino Ross, tras asistir a la proyección del film con sonido grabado, en vídeo-cassette, por

los Servicios de Inteligencia de la Administración Civil—. ¿Qué piensa usted?

Ernie F. Weiss, experto de la NASA, cambió una mirada con su auxiliar, la doctora Carol Danbury, y con el director de Información de Actividades Espaciales Civiles. Luego, se encogió de hombros, volviendo a contemplar a Ross Mac Kervin.

—No sé qué pensar —masculló—. Evidentemente, la fiebre alta es uno de los síntomas en el cuadro clínico de Stuart Jansen, pero no podemos por ello asegurar que esté contaminado Clarke. Los análisis y proceso de su cuarentena no dan margen alguno a la duda, ni permiten pensar que padezca mal alguno.

—Puede ser una enfermedad desconocida. Sabemos tan poco sobre el mal de Jansen...

—Muy poco, ciertamente —asintió la doctora Carol Danbury—. Será preciso someter a Desmond Clarke a un nuevo examen clínico a fondo. Será mejor que utilicemos los diagnósticos de computadora médica. Es más seguro que el dictamen de un cuadro médico normal.

—De acuerdo, doctora —suspiró el jefe de Información—. Háganlo. Salgan para Montreux hoy mismo. Ross Mac Kervin les acompañará. Él se encarga de la seguridad de nuestro astronauta desde este momento.

Asintieron todos. Ernie F. Weiss, de la NASA, se encaminó al teletipo y tomó una cinta recién impresa por la máquina de télex de la oficina de corresponsalía de la NASA en Londres.

—Informe urgente de Washington —suspiró el científico de la Administración Nacional de Astronáutica y del Espacio—. Es el resultado del análisis de los fragmentos de piedra y supuesto hielo de la superficie gélida de Mercurio.

—¿Algo importante? —se interesó Mac Kervin, acercándose a él.

—Sólo términos científicos. No hay visos de oxígeno en Mercurio. Tampoco de agua, por supuesto. Ni vida orgánica, a juzgar por esas piedras examinadas. Pero el examen es provisional y..., ¡un momento! —se detuvo leyendo el párrafo final del mensaje —. Esperen. Aquí parece que hay algo...

Todos rodearon a Weiss. Este leyó el texto final. Lo mostró a Ross Mac Kervin, que lo repitió en voz alta:

—«Indicios débiles de ciertas células muertas en el polvo

analizado. Células de naturaleza desconocida, que alguna vez estuvieron vivas. Parecen reactivarse bajo cierto tratamiento térmico. Informaremos más adelante.»

Eso era todo. Weiss y la doctora Danbury cambiaron una ojeada de sorpresa. Mac Kervin esperó su opinión al respecto. Fue él quien habló:

—Si alguna vez hubo células vivas en Mercurio, es que «alguien» o «algo» puede vivir en la zona oscura y fría de Mercurio, al otro lado del Sol. O vivió alguna vez…

—Y puede reactivarse bajo determinadas condiciones —señaló Mac Kervin, ceñudo.

—De cualquier modo, eso nada revela —suspiró la doctora Danbury—. Volvamos a Clarke y a Jansen, que son quienes importan. Espero que pronto se ponga todo en claro, sin zonas oscuras.

—Ya oyeron y vieron la entrevista de la viuda Morgenberg con Clarke —señaló el director de Información—. Ella también alberga dudas, recelos… Su marido no era hombre capaz de obrar como Clarke dice que él obró allá, en Mercurio.

—Aparte Clarke, Jansen es el único testigo que podemos interrogar —dijo Mac Kervin—. No hay otro remedio que esperar a que él vuelva en sí para salir de dudas.

—¿Y si eso nunca llegara a suceder… y él muriese sin recobrar el conocimiento? —Era Ernie F. Weiss quien hacía la pregunta.

—Entonces…, solamente tendremos a un hombre capaz de poner las cosas en claro: Desmond Clarke. Fíjense, por tanto, si es importante nuestro hombre de Montreux…

Golpearon en la puerta. Ernie F. Weiss ordenó que entrasen. Lo hizo uno de los empleados de la corresponsalía de NASA en Londres. Entregó un texto transmitido por radio, dejándolo en manos de Ernie F. Weiss. Este abrió el mensaje. Lanzó una sorda imprecación. Extendió el papel al director de Información.

—Lea —dijo—. Es lo peor que podía sucedemos…

Sorprendido, el jefe de Mac Kervin tomó el documento. Le echó una ojeada que fue suficiente. Su rostro palideció de modo intenso.

—El desastre, Mac Kervin —dijo—. Es del FBI. Transmitido desde Ginebra, vía de máxima urgencia… Desmond Clarke ha desaparecido sin dejar rastro. Hay fundadas sospechas de que fue

secuestrado por agentes soviéticos...

CAPÍTULO IV

Desastre

—La felicito, camarada Iiona Dniev. Ha sido un auténtico éxito.

—No resultó difícil, coronel Volnov. Nuestros agentes, perfectamente adiestrados, rodeaban el refugio de Montreux. Apenas se puso en marcha Desmond Clarke, con los esquíes, en la pista de slalom gigante, actuaron. Eliminados oportunamente los agentes especiales americanos, el comando rodeó el punto de llegada de Clarke. Un disparo con un proyectil Thunder envolvió en gas adormecedor la zona, y abatió a Clarke. Cuando ese humo se disipó y llegaron otros agentes de seguridad norteamericanos, Clarke ya había desaparecido. Ahora lo tenemos a salvo. Y dispuesto todo para el interrogatorio…

—¿Se ocupa de ello el doctor Radavich?

—Sí, coronel. El doctor Radavich tiene ya dispuesta la máquina interrogadora y el «suero de la verdad» por radiaciones mentales desde el proyector cibernético. Ha de resultar forzosamente. No hay mente humana que resista esa forma de interrogatorio, que llega incluso hasta a extraer lo más oculto del subconsciente, por medio de las vibraciones ultrasensibles que aletargan la consciencia y desarrollan el inconsciente.

—Perfecto —sonrió el alto funcionario militar soviético—. Espero los resultados con impaciencia, camarada Iiona. Confiemos en que Desmond Clarke revele a nuestros cosmonautas la naturaleza de los peligros que acechan allá, en Mercurio…

—Confiemos —suspiró Iiona—. Esta es una de las misiones que he cumplido más gustosa, coronel. Ni una vida humana sacrificada, ni una violencia. Ni sangre derramada siquiera. Y por contra, tal vez el descubrimiento de un misterio que puede ayudarnos a salvar a nosotros vidas humanas rusas. Suponiendo que los medios técnicos actuales permitan llegar a lo que Clarke ignora de forma

consciente… o reveló tan sólo a altos funcionarios de la Casa Blanca americana.

—En efecto. Suponiendo tal cosa —preocupado, el coronel Volnov se frotó el mentón, dejando vagar su penetrante mirada por el vacío—. En teoría, no puede fallar. Jamás un prisionero resistió a nuestros métodos de interrogatorio cibernético… Imagino que Desmond Clarke no va a ser un superhombre.

—No existen superhombres, coronel —dijo Iiona Dniev—. Solamente hombres. Desmond Clarke no puede ser sino uno de ellos, como cualquier otro.

El coronel Volnov asintió. Pensaba como su subordinada. No podía ser de otro modo. A fin de cuentas, como ella decía, ¿qué otra cosa podía ser Desmond Clarke…, sino un hombre, un simple ser humano?

Esa pregunta no ofrecía sino una respuesta posible. De haber imaginado cuál era la verdadera, el horror más intenso hubiera sacudido a los dos funcionarios de la Inteligencia soviética…

* * *

Desmond Clarke contempló fijamente el proyector situado ante él.

Trató de moverse en su asiento. No lo logró. Las correas le sujetaban con firmeza a la curiosa, rígida silla plástica en que le acomodaron, y que recordaba extrañamente a la ya desterrada silla eléctrica, el viejo sistema de ejecución legal de su país, sustituido por el moderno procedimiento de extinción atómica en las cámaras desintegradoras de San Quintín o de New Sing-Sing.

Ahora no iban a asesinarle a sangre fría. En correcto inglés, un funcionario soviético, frío y eficiente, le había informado de modo escueto:

—No debe temer nada, señor Clarke. Nadie va a hacerle daño. Se trata solamente de un interrogatorio a fondo. Se va a trabajar en su mente con los más modernos y eficaces métodos. Ni dolor, ni drogas, ni «sueros» inyectados o ingeridos, ni amenazas, ni «tercer grado», ni nada parecido. Tampoco torturas, por descontado. Esos bárbaros procedimientos quedaron atrás, en el pasado. Disponemos de medios modernísimos de llegar al fondo de una humana mente. Aunque usted no quiera hablar; aunque crea ignorar algo. Aunque padezca amnesia, incluso, esos aparatos actuarán sobre sus tejidos

cerebrales, provocando el recuerdo. Y la sinceridad total. Hablará, señor Clarke. Hablará, aunque no quiera o no pueda hacerlo.

—Es ilegal —replicó él entonces, con ira—. Las decisiones de la Convención de Ginebra de 1985 dicen claramente que todo ciudadano...

—Conocemos perfectamente lo reglamentado en la nueva Convención Internacional de los Derechos del Hombre, en Ginebra —sonrió el soviético—. Pero, por supuesto, señor Clarke, ningún agente de información piensa en respetarlas al pie de la letra, con espíritu dócil y honesto. No somos ángeles, sino funcionarios de Inteligencia. Huelga andarse con eufemismos, señor Clarke. Va usted a hablar, eso es todo.

—A hablar... ¿de qué? —se irritó el astronauta.

—De Mercurio. Y de su viaje espacial a ese planeta, señor Clarke...

Había forcejeado entonces por soltarse, por huir. No le fue posible. Sujeto a aquel asiento, frente al proyector del mecanismo electrónico, esperó sometido a una forzada impotencia.

Zumbaron los mecanismos. Se extinguieron luces en la cámara. Brilló el fulgor azulado del proyector de ondas sensibles para el cerebro. En una pantalla magnética, se empezaron a dibujar curvas y trazos, seguidos minuciosamente por un técnico. Una tira de papel perforado brotaba ya de la máquina, registrando pensamientos del hombre sometido a aquella forma ilegal de interrogatorio.

De un momento a otro, Desmond Clarke, prisionero de los agentes soviéticos, hablaría sobre el misterioso viaje a Mercurio y lo que allí pudo suceder.

El enigma iba a quedar desvelado, al menos para la Inteligencia del Kremlin.

Sin embargo...

* * *

—Ha muerto, Mac Kervin.

—¿Qué?

—Me refiero al paciente del Hospital General de la NASA. A Stuart Jansen. Falleció hace apenas dos horas.

—Cielos... ¿De qué ha muerto?

—Se ignora. Como su dolencia misma. La muerte llegó a causa de su estado de coma y su fallo circulatorio. El corazón se detuvo

bruscamente. Practicaron masaje cardíaco, pero no hubo solución. No se recuperó del colapso.

La doctora Carol Danbury, de la NASA, dio fríamente su informe. Era una mujer joven todavía, no mayor de treinta años. Estaba habituada a manejar asuntos difíciles. Y a ver morir gente. A pesar de ello, Ross Mac Kervin observó su profunda conmoción por la noticia, bajo la capa de aparente frialdad con que hablaba.

—¿Van a practicarle la autopsia?

—Será necesario, sí —afirmó ella—. No podemos dejar nada al azar. El profesor Weiss está de acuerdo. También su jefe, Mac Kervin.

—Sí, lo comprendo. ¿De Clarke no hay noticias?

—Ninguna. Una nave aérea abandonó Suiza recientemente. Era de nacionalidad soviética, y registrada como de tipo comercial. Se supone que Clarke viajaba en ella, pero ya nada se puede hacer.

—Si al menos ellos pudieran sacarle la verdad completa… —suspiró Ross.

—¿Espera que si es así cooperen con nosotros y nos den informes de su confesión?

—No, doctora, eso no. No tienen por qué hacerlo, como tampoco lo haríamos nosotros en su caso. Pero si ellos siguen suspendiendo todo viaje a Mercurio, será porque han encontrado algo, una grave razón para no llevarlo a cabo.

—Y que, una vez averiguado lo que sepa Clarke sobre la cuestión, al menos nos lo devuelvan vivo.

—Eso es ya una auténtica incógnita —sonrió Ross Mac Kervin, sacudiendo la cabeza—. No es que tema por la vida de Clarke, sino por su libertad. Esta dependerá de la naturaleza del misterio en Mercurio y de ese extraño viaje de Clarke al planeta vecino del Sol.

—De cualquier modo, no depende ya de nosotros, salvo que algún comando nuestro pueda rescatarle —comentó la doctora—. ¿Quiere venir al hospital a ver el cuerpo de Jansen?

—Sí, por favor, doctora Danbury. Vamos allí.

Poco después, en el Hospital General de la NASA, Ross Mac Kervin clavaba sus ojos pensativos en el cadáver del astronauta Stuart Jansen. El hombre del espacio, la nueva víctima, segunda en el vuelo dramático del *Mercury 3*, tenía ya el tinte céreo de la muerte. Un gesto apacible, como dormido, sumido en una paz que

sería ya eterna, y que había sido la culminación penosa de una dolencia extraña, oscura y sin definir aun clínicamente. Una enfermedad que llegó del espacio, junto con el propio astronauta doliente.

—Primero fue Morgenberg, allá en el planeta Mercurio…, y el segundo, ahora, Stuart Jansen… —musitó Ross. Meneó la cabeza, pensativo—. Pobres héroes del espacio… Rinden hasta su vida en el afán del hombre por llegar más y más lejos, por alcanzar en su conquista tecnológica los más remotos confines de nuestro Sistema Solar…

Tapó de nuevo el cuerpo, tras un último examen del rubio, casi dorado cabello del astronauta Jansen. Luego, caminó despacio, hacia la salida del depósito de cadáveres del centro clínico de la NASA. Pero antes de llegar a él se detuvo un instante. Giró la cabeza. Frunció el ceño.

Repentinamente, había recordado algo. Algo que vio en el cuerpo sin vida de Jansen. Y regresó, despacio, hasta la mesa de la Morgue. Se inclinó.

Alzó el tejido blanco. Se enfrentó de nuevo a la marmórea presencia de la muerte. Los rasgos de Jansen eran un apacible gesto de serenidad ante la oscuridad eterna. La tez tenía aquel tenue matiz de cera que señalaba la frialdad del descanso sin fin. Ross Mac Kervin pasó sus dedos por encima de la epidermis helada. Hasta su frente. Alzó el mechón de dorados cabellos rebeldes. Estudió aquel detalle que le atrajera en un principio.

No se había equivocado. Inconscientemente, observó el leve manchón la primera vez. Y casi lo había olvidado, abstraído en la contemplación del cadáver.

No existía error. La mancha tenía un tono color café. Parecía un lunar o una ancha peca levemente púrpura. Como el antojo o mancha de nacimiento de alguien. Quizá era de nacimiento. Quizá. Pero de eso, él no podía estar seguro. Todavía no.

Estudió la peca. Tenía el tamaño de una moneda de veinticinco centavos. De forma levemente ovalada. Sobre el entrecejo, casi en el arranque del cabello. Soltó la piel y el mechón del difunto. El pelo volvió a su sitio, casi cubriendo la mancha.

Volvió a bajar la tela sobre el muerto. Esta vez, sí; regresó a la salida. Abandonó el depósito. La doctora Danbury venía ya de

alguna dependencia clínica, con unos papeles en la mano, posiblemente informes médicos de su interés. Se encontró con Ross y le miró curiosa.

—¿Ha visto a Jansen? —preguntó.

—Sí, lo he visto.

—La enfermedad no dejó huellas en el cadáver —señaló la doctora—. Al menos en eso, no resultó demasiado cruel. Tampoco ha sufrido, salvo los dolores de que se quejó durante las últimas horas. Luego, entró en un letargo del que ya no salió. Tengo aquí todos los datos del doctor Warden, que le hará la autopsia.

—¿Dónde sentía esos dolores Jansen? —indagó Ross, pensativo.

—En la cabeza. Al menos, eso parecía por sus quejidos y gestos.

—La cabeza… —reflexionó Ross, en silencio. Luego, se dirigió a la doctora Danbury con energía—: ¿Dónde puedo encontrar algunas fotografías de Stuart Jansen? Me refiero a cuando aún no había emprendido su viaje a Mercurio, naturalmente.

—En la NASA se las facilitarán, a no dudar. No tenía familia, de modo que no tiene a quién dirigirse para ello, salvo a la Administración.

—Espero que allí encuentre lo que busco.

—¿Busca algo? —se sorprendió ella, enarcando las cejas. Intrigada, demandó—: ¿Qué es ello?

—No, nada seguro aún. Solamente se trata de una idea. Tengo que comprobar si acertada o no, doctora. Ya le hablaré de ello cuando vea esas fotografías.

Hizo una inclinación y se alejó hacia la salida del hospital, sin añadir una sola palabra más. Tras él, evidentemente, la doctora se quedó con aire de gran perplejidad, sin entender en apariencia lo que él había querido dar a entender.

Ross Mac Kervin abandonó el recinto clínico. Poco más tarde estaba en las dependencias de la NASA, frente a Ernie F. Weiss, el técnico de astronáutica.

—Fotografías de Jansen… —repitió Weiss, sorprendido—. Claro que hay. En nuestros archivos existen docenas de ellas, en color y blanco y negro, ampliables a cualquier tamaño. ¿Qué le preocupa? Si quiere hacer una identificación, no albergue duda alguna. Ese hombre que ha visto sin vida era el auténtico Stuart Jansen.

—No albergo duda alguna al respecto, Weiss. Es otra cuestión la

que quiero averiguar a través de ese examen.

—¿Puede decirme lo que es?

—Puedo hacerlo, pero preferiría esperar a comprobar algo, por si estoy en un error. Es muy posible que sea así, y entonces no valdría de nada mi informe.

—De acuerdo —suspiró Ernie F. Weiss—. Usted investiga este asunto por cuenta del Gobierno. No pudo salvar a Desmond Clarke de su suerte, en manos de los rusos. Al menos, espero que a través de ése otro punto llegue a alguna parte. Venga conmigo a Archivos. Verá lo que desea. Le proyectarán imágenes de Jansen hasta que sueñe con su rostro, esté seguro de ello.

—No quiero imágenes oficiales, con escafandra y traje espacial —avisó Ross—. Deseo fotografías suyas de calle, de su vida normal. A ser posible, de hace tiempo. Incluso de cuando era muy joven. Todo puede serme útil en este caso, Weiss.

—Sí, lo entiendo. No sé lo que buscará, pero me doy cuenta de que desea todo lo gráfico referente a Jansen. ¿Qué busca en especial? ¿Su figura, su rostro, su aspecto…?

—Su rostro, Weiss. Y de su rostro, concretamente, su frente. A ser posible, sin mechón de cabellos por delante —sonrió, de modo enigmático, Ross Mac Kervin.

* * *

Su rostro. Y sin mechón alguno de cabellos.

Databan las fotografías, en excelente color, y bastante nítidas de imagen, de algunos años. Jansen era bastante más joven en todas ellas, se peinaba de otro modo, con cabello más corto, y su frente amplia se mostraba en toda su anchura sin arrugas.

Cada diapositiva o fotografía proyectada en pantalla iba confirmando la sospecha de Ross. Las fotografías más limpias y precisas dieron el respaldo indiscutible a la cuestión.

No existía la mancha púrpura de forma oval. La frente era límpida, tersa. Sin un lunar, sin una mancha. Ross pidió gravemente mayor ampliación de algunos fotogramas, y se le obedeció. La proyección se hizo más borrosa, pero la imagen, aumentada hasta diez o quince veces, reveló la misma ausencia de manchas o de retoques en la zona frontal de Stuart Jansen.

—Lo imaginaba —dijo Ross Mac Kervin, secamente. Se incorporó, mientras decía, en voz más alta—: Gracias, es suficiente.

Y se encaminó a la salida de la estancia donde los microfilms almacenados en los archivos de la NASA desde la misma prehistoria de la astronáutica, como podían definirse las. V-l y V-2 alemanas de la Segunda Guerra Mundial, el vuelo soviético de Yuri Gagarin o de Glenn por Estados Unidos, la conquista de la Luna por Armstrong, Aldrin y Collins, en muy lejanos tiempo ya, e incluso el albor realmente interplanetario, con la primera pisada del hombre en Marte, allá por los años setenta a ochenta.

Ernie F. Weiss le asaltó a la salida, con vivo interés, tomándole de un brazo.

—¿Y bien, Ross? —indagó, con curiosidad.

—He acertado —dijo, roncamente, Mac Kervin—. Creo que estoy sobre la buena pista. O al menos, sobre un indicio que carece de sentido en estos momentos.

—No le entiendo, Ross. ¿Puede aclarármelo ahora?

—Sí, Weiss. Se lo diré. Se trata de Jansen. Cuando vi su cadáver, yo…

La noticia iba a ser forzosamente aplazada. Lo provocó un hecho inesperado.

Un funcionario de la NASA apareció a la carrera, por el fondo del amplio y encristalado corredor, avanzando rápido hacia ellos. Ambos hombres le miraron, cuando se detuvo, jadeante, frente a Ernie F. Weiss.

—Emergencia, señor —dijo, con voz ronca—. Máxima emergencia.

—¿Qué? —aulló Weiss, palideciendo.

Ross Mac Kervin apretó los labios. Como el propio Ernie F. Weiss, sabía lo que significaba «máxima emergencia». Era un hecho trascendente, acaso fundamental para la NASA. Algo que podía provocar un serio problema. O un caos. En otro caso, no dirían nada con tales términos.

—Emergencia —insistió, con tono serio, el funcionario. Tragó saliva—. El propio presidente está en el fonovisión. Directo desde su gabinete de la Casa Blanca. Le espera. A usted… y también al señor Mac Kervin. Inaplazablemente. Fueron sus palabras.

Cambiaron una veloz mirada entre sí. Weiss y Mac Kervin pestañearon. Sin pronunciar palabra, se lanzaron a la carrera, junto con el funcionario, a la más cercana cabina de fonovisión de la

NASA,

Cuando entraron en una, se apresuraron a cerrar. Sobre la pantalla sin imagen brillaba el rótulo rojo, luminoso, de: «Comunica la Casa Blanca. Emergencia máxima. Confidencial. Departamento Seguridad solamente. No conecten otros departamentos».

La orden se cumplía a rajatabla. Nadie faltaba a las órdenes superiores. Rápido, Weiss accionó los controles. Apareció en la pantalla una imagen en color y relieve, nítida y precisa. El presidente. Tras él, su mesa de trabajo, la bandera de Estados Unidos, la enseña presidencial…

—Hable, señor —jadeó Ernie F. Weiss—. Departamento, de Seguridad al habla.

—Transmita clave cifrada —replicó el presidente—. Nadie debe interceptar nuestra conversación. Utilice luego el canal 003.

Tenía que ser muy grave. Muy importante. Weiss emitió el código cifrado. Luego, cambió al canal 003, de uso exclusivo para Seguridad. El sonido de la voz presidencial solamente podría ser captada por el propio Weiss, tras un ajuste especial al canal de sonido correspondiente, conforme a una serie programada de números, en el computador central.

Tras marcar esos signos, el sonido se restableció. Weiss volvió a dar el código cifrado, al que el presidente respondió con una serie de cifras que permitía seguir la transmisión. De haber fallado uno de ellos o cometido un error leve, los sistemas memorizados en el computador hubieran interrumpido en el acto imagen y sonido desde la Casa Blanca.

—Informe, señor —habló Weiss, recuperando el aliento—. Escuchamos Mac Kervin y yo.

—Es grave lo que he de decirle, Weiss —sonó la voz fría del presidente, dominando su indudable excitación.

—Estoy preparado a cualquier cosa, señor. ¿De qué se trata?

—Del caso del *Mercury 3*.

—Lo temía —volvieron a cambiar Ross y él una mirada inquieta—. Le ruego que siga, señor presidente. Creo que Ross Mac Kervin también está preparado a cualquier cosa.

—A esto, no creo que lo esté. —Los duros ojos nobles del primer mandatario de la nación revelaron un destello de incertidumbre, de preocupación—. Es un informe que me llega directamente de

Moscú.

—Bien, señor. Si hemos de empezar la tan temida guerra mundial, presentida durante décadas enteras...

—No, no empezamos nada de eso, Weiss. Ellos han transmitido un mensaje de socorro.

—¿De... qué? —aulló Ernie F. Weiss, perplejo, desorbitando sus ojos.

—De socorro, de ayuda y de consulta. Al mismo tiempo, de disculpas. Disculpas por un secuestro.

—¿El de Desmond Clarke?

—El mismo. Se excusan por el hecho. Dicen que es cosa natural, en una competencia por la hegemonía mundial en el espacio. Hemos aceptado sus disculpas. Sobre todo, ante la gravedad de los hechos.

—¿Qué hechos?

—Desmond Clarke, nuestro astronauta. Iba a ser interrogado por los soviéticos. Esperaban obtener de él datos sobre el intento del *Mercury 3* y sus problemas. Sobre todo, acerca de lo sucedido en aquel planeta.

—¿Consiguieron algo?

—No. Fracasaron, Weiss.

—¿Fracasaron? —arrugó el ceño el técnico de la NASA—. Supongo que no utilizarían, entonces, métodos cibernéticos, de los prohibidos por la Reunión de Ginebra de 1985...

—Se equivoca. Utilizaron todo. Incluso el proyector de sueros mentales.

—Entonces... entonces Clarke tuvo que revelar cuanto sabía... Quisiera o no, lo recordase o no.

—Dicen que no reveló nada. Envían las cintas magnéticas como prueba. Dicen... Dicen que en ningún momento del interrogatorio respondió como un ser humano. No tuvo ninguna reacción biológicamente natural.

—Mienten. Eso no es posible, señor presidente. Por alguna razón tratan de engañarnos con falsedades...

—Es posible, Weiss. Yo lo pensaré así, en tanto ellos no nos lo prueben con la copia fidedigna del interrogatorio, en cinta magnética. Entretanto, hemos de aceptar su palabra. Porque lo sucedido en Moscú, amigos míos..., es un desastre. Un total desastre

sin explicación posible.

—¿Qué clase de desastre, señor?

—Desmond Clarke ha desaparecido.

Weiss y Mac Kervin cambiaron una ojeada escéptica. Luego, Weiss dibujó una sonrisa irónica, que el presidente debió ver con fidelidad en su propia pantalla de fonovisión.

—Ellos debieron mentir también en eso —jadeó el técnico de la NASA—. Tal vez... Tal vez intentaron métodos más brutales, menos científicos. Y asesinaron a Clarke. Ahora, buscan una excusa oficial para salirse del problema.

—No tendrían por qué hacerlo —rechazó el presidente, grave su gesto, con una rara expresión en los ojos, que hablaba de su tremenda tensión interior—. Les bastaría con negar que ellos son autores del rapto. Oficialmente, ¿quién podría acusarles?

—Eso es cierto, pero..., ¿es que hay algo más, señor presidente? —se inquietó ahora Weiss, apretando los labios.

—Sí, hay algo más. Emprenda viaje a Moscú inmediatamente.

—Pero, señor...

—No replique. Es una orden. Y Ross Mac Kervin debe acompañarle.

—Sí, señor —se apresuró a aceptar Weiss, aunque no entendía nada de todo aquello—. Sin embargo, nos gustaría saber...

—Lo sabrán todo allí, en la Unión Soviética. El embajador les va a conceder inmediato visado, de entrada en el país. No tendrán dificultades de ningún género. Por el contrario, todo será simplificarles el acceso al país. Les necesitan allí. Con urgencia.

—Pero..., ¿por qué, señor presidente? —fue Ross Mac Kervin quien hizo la pregunta.

—Quieren testigos de lo sucedido. Y ayuda de todo tipo para tratar de poner en claro la cuestión. Imaginan que ustedes dos, al conocer a Desmond Clarke y a los demás astronautas, pueden servir de alguna ayuda en el problema. Con sus excusas formales, está su testimonio de preocupación, de inquietud..., casi de miedo, diría yo.

—¿Miedo? ¿Moscú tiene miedo? —Weiss mostró su perplejidad—. ¡Dios mío, no entiendo nada! Señor presidente..., ¿qué ha sucedido exactamente con Desmond Clarke? ¿Qué circunstancias rodean esa pretendida desaparición, para confesar ellos su delito internacional... y encima pedirnos ayuda a nosotros?

El presidente hizo una pausa. Inclinó la cabeza. Parecía reacio a hablar, a decir lo que sabía. Cuando por fin logró hacerlo, Weiss y Mac Kervin comprendieron las razones de su silencio.

Las palabras del presidente fueron como un mazazo a sus mentes, a sus conciencias, incluso a su inteligencia de hombres cultos, por encima de toda superstición, de toda fantasía que no tuviera visos de ciencia, de lógica, de frío razonamiento:

—Desmond Clarke desapareció de donde se hallaba prisionero —dijo el primer mandatario de la nación—. Y no sólo eso… Desmond Clarke, al desaparecer, dejó tras de sí a sus guardianes y vigilantes. Eran seis personas. Dos mujeres y cuatro hombres. Científicos, técnicos, médicos y expertos de la astronáutica soviética. Pues bien, esas seis personas fueron halladas allí donde Desmond Clarke estuviera antes. Pero las seis se encontraban en igual estado al ser halladas: las seis habían perdido hasta la última gota de sangre de sus venas y arterias. En suma, las seis estaban totalmente desangradas por succión. La succión de alguien que dejó unos cadáveres sin vida y sin plasma sanguíneo en circulación…

CAPÍTULO V

Vampiro

—Sin sangre...

—Exactamente. Las seis personas —afirmó roncamente el coronel Volnov, enjugándose el sudor de su rostro—. Ahí pueden verlas ustedes... No hay engaño posible.

Ernie F. Weiss se inclinó sobre las dos mujeres. Ross Mac Kervin, sobre los hombres. El militar ruso tenía razón. El presidente también la había tenido.

Aquellos cuerpos estaban desangrados por completo. Parecían peleles vacíos, blancos, de una lividez extraña y alucinante. Desorbitados sus ojos en las cuencas rodeadas de sombras. Crispadas sus bocas. Con una expresión de supremo horror, como si al morir vieran ante sí el más pavoroso de los espectáculos posibles.

—Es cierto —musitó Weiss, estremecido, tapando aquellas pupilas vidriosas de mujer, en un piadoso gesto sobre los párpados. Contempló aquellos cuerpos de mujer, semidesnudos a causa del examen pericial de la policía moscovita. Eran como estatuas de mármol sin color—. Ni gota de sangre. Pero, ¿dónde está la succión, coronel?

—Aquí —señaló, ahogadamente, Volnov, señalando a una de las muchachas sin vida—. Tardamos algo en dar con ello...

Weiss pestañeó. Se frotó los ojos para creerlo. Estudió más de cerca aquella especie de forma de ventosa, señalada sobre el corazón mismo del cadáver femenino, bajo su seno izquierdo, de puro mármol blanco y rígido. Rozó la fría epidermis humana. Notó el hematoma, la herida circular. Por allí había escapado la sangre. Toda la sangre de la bella joven soviética, experta en Medicina.

—Horrible —musitó—. Es como si una sanguijuela, una babosa, se hubiera adherido a su piel..., succionando la sangre por un orificio abierto directamente sobre el corazón y sus arterias

principales.

—Eso han dicho nuestros médicos. Una succión que debió vaciar de sangre el cuerpo en escasos instantes. ¿Le es familiar ese fenómeno, señor Weiss?

—En modo alguno, coronel. Nunca vi nada parecido antes de ahora —resopló Ernie F. Weiss. Y añadió, con dudoso humor—: Salvo en los viejos relatos de vampiros, por supuesto...

—Los hombres también tienen la succión bajo su tetilla izquierda —señaló en ese momento Ross Mac Kervin, pensativo. Su mirada se cruzó con la profunda y llena de inteligencia de una rubia joven con ropas sobrias, que no impedían realzar su indudable gracia y distinción, en una línea simple, pero encantadoramente femenina—. ¿Qué opinan de esto sus médicos, coronel?

—Dicen que un animal extraño y sanguinario podría haberlo hecho..., si los animales tuvieran acceso a esta zona. Cosa harto improbable, dados los medios de seguridad establecidos para impedir intrusiones o fugas.

—Pese a lo cual, un hombre ha desaparecido; precisamente su cautivo, Desmond Clarke, nuestro astronauta. La víctima de un cautiverio inadmisible e inicuo que...

—Por favor, no siga por ese camino —cortó el coronel Volnov, tajante—. Daremos a su Gobierno, a la ONU y a cuantos deseen las excusas oportunas. Admitiremos nuestra responsabilidad. Pero encuentren a su astronauta. Él es la única persona que podría aclararnos esto.

—También es la única persona que podría aclararnos lo ocurrido en Mercurio, coronel —suspiró Weiss—. Y no lo hizo. Según creo, tampoco les respondió a ustedes...

—Escuche, esto señor Weiss —habló de pronto la joven de cabellos rubios, de profunda mirada color azul, límpida, avanzando unos pasos con decisión—. Según nuestras computadoras, su hombre, el astronauta Desmond Clarke, «no era humano».

—¡No era humano! —repitió Weiss, escandalizado, con una carcajada—. ¡Eso es lo más ridículo que jamás oí!

—Lo más ridículo... y lo más cierto —sostuvo ella, con un frío relámpago de ira en sus ojos—. Puede burlarse de lo que digo, pero en modo alguno reaccionó nunca el cerebro de su amigo Clarke como el de una persona normal. De eso puedo estar bien segura. Los

hombres pueden equivocarse; las computadoras, no.

—Es que no tiene sentido —protestó Ernie F. Weiss—. Las pruebas psicotécnicas, los análisis y resultados clínicos sobre Desmond Clarke, cosmonauta de la NASA, fueron siempre de positivo y excelente resultado, y dieron como consecuencia la realidad de un hombre, entero, equilibrado, audaz, inteligente, honesto y culto. ¿Eso no es ser humano, según ustedes?

—Espere, Weiss —cortó ahora Ross, pensativo—. Deje que ella siga lo que empezó a decir. Ante todo, señorita, ¿quién es usted?

—No soy una «señorita», sino la camarada Iiona Dniev, de Seguridad del Estado —dijo ella, con voz altiva—. Como usted es investigador en su país, dentro de una especialidad tecnológica, yo lo soy aquí, señor Mac Kervin.

—Llámeme camarada Mac Kervin —sonrió Ross, irónico—. Puede hacerlo, y no me ofenderé. En realidad, somos camaradas, si hacemos un mismo trabajo. Sólo que usted parece hacerlo mejor que yo, camarada Iiona. Mi misión era proteger a Desmond Clarke en Europa. La suya, sin duda, raptarle por orden de su Gobierno. Tuvo más éxito usted.

—Preferiría no haberlo tenido. No es agradable introducir un monstruo en la Unión Soviética, señor…, camarada Mac Kervin —se insolentó ella.

—Un monstruo… —detuvo con vivo gesto a su compañero Weiss, que iba a protestar de forma airada. Alentó a proseguir a la joven—: Por favor, siga usted. ¿A qué clase de monstruo se refiere?

—Un hombre que no responde como un ser humano, que biológicamente le declara la computadora como «mentalmente no humano» y que luego desaparece de súbito, dejando a seis de nuestros colaboradores desangrados horriblemente…, ¿qué le llamaría usted?

Ross Mac Kervin se frotó el mentón. Y sugirió, con voz apacible:

—En primer lugar, sométame a mí a esa computadora. Luego, permita que yo la someta a usted a la misma prueba. Con sus resultados, posteriormente, veremos lo que resulta de todo ello, y llegaré a poderle dar una respuesta plausible. ¿Qué le parece eso, camarada Iiona?

—Perfectamente —aceptó ella, tras una vacilación—. Hagamos la doble prueba. Ahora mismo.

Ross Mac Kervin escuchó atentamente la burlona voz de Iiona Dniev, leyendo su tarjeta psicotécnica en la computadora:

—«Ross Mac Kervin. Americano —empezó ella, rebosando ironía—. Inteligente, sensible y físicamente bien preparado. Inteligencia viva y despierta. Algo presuntuoso. Enamoradizo. De fría lógica y gran capacidad de lucha. Joven. Apasionado. Cerebro bien dotado para deducir y analizar». Perfecto casi, ¿no, camarada Mac Kervin?

Su último comentario tenía auténtica entonación sarcástica. Por toda respuesta, Ross tomó la cartulina de ella. Comenzó a leerla. A medida que lo hacía, iba frunciendo el ceño, con irritación creciente.

—«Iiona Dniev. Rusa soviética. Joven, atractiva. Sabe que lo es. Apasionada si halla ocasión de manifestarlo. Deseos e impulsos reprimidos. Inteligencia y cultura. Estudios y gran intuición natural. Cerebro vivaz, muy bien dotado. Obediente, disciplinada. Se enamora fácilmente, pero se domina. Es sensible, muy femenina, aunque trate de disimularlo con toda energía, apelando a su autodominio, muy desarrollado.»

Por todo comentario, soltó él una breve carcajada, inclinándose cortés ante ella. Enrojeció Iiona, rechazando, airada:

—Las computadoras dicen a veces tonterías. Está en un error.

—En cuyo caso, también pudo equivocarse conmigo. Y con Desmond Clarke. ¿O usted es un caso aparte, camarada Iiona? —La voz de Ross era punzante, llena de vivo aire de burla.

—Oh, es usted odioso. —Ella balbució las palabras con mal humor—. Ese estudio psicotécnico que me ha hecho no podía ser normal. Estoy excitada, nerviosa...

—¿Porque siente deseos de amar y su disciplina se lo prohíbe..., o porque trata de disimular su femineidad y lo fácilmente que se puede enamorar de cualquiera?

—No imaginará que me enamoré de usted, un americano, apenas le vi aquí —rechazó ella, desdeñosa.

—No dije tanto —rio Mac Kervin—. Pero soy joven, atractivo, apasionado... e inteligente. ¿Qué otra cosa puede desear?

—Si sigue hablando así, le detestaré toda mi vida, señor Mac Kervin. Y perdone si no le llamo nunca «camarada». No lo es para mí.

—Mal hecho, tovarischa —bromeó Ross—. Puedo ser el gran

amor de su vida…

—¡Me está usted irritando! —casi gritó ella, dando un taconazo en el suelo—. ¡Vinimos a esta computadora a probar su funcionamiento, no nuestras mutuas debilidades humanas! ¿Es que ya ha olvidado a su compañero Desmond Clarke?

—No, ni mucho menos —se tornó grave Ross, guardando su cartulina, redactada en ruso e inglés. Miró hacia la entrada, seriamente—. Aquí viene su jefe, el coronel Volnov. Terminó la charla trivial y típicamente americana, camarada Iiona. Hablemos de… de la sangre absorbida por un presunto monstruo…

—Señor Mac Kervin, de eso debimos hablar desde un principio. —Ella se estiró, solemne, al comprobar que era cierto, y el coronel se aproximaba, en compañía de Ernie F. Weiss—. Ahora parece haberse dado cuenta de que la computadora estudia a fondo a las personas sometidas a su examen. Pues bien: de un examen idéntico surgió una tarjeta simplemente redactada en estos términos: «Sujeto analizado no es humano en absoluto». Y era Desmond Clarke quien era revisado. ¿Qué me dice usted a eso?

—Yo hablé con Clarke hace poco. Y le vi hablar en Montreux con una dama, viuda de Luther Morgenberg. Se comportó y habló como un ser humano, que yo sepa. Eso no tiene sentido. Se equivocaría su máquina, pese a todo.

—Imposible. Así lo pensaron todos. Podía ser un simple error mecánico. Se hicieron varias pruebas. Se pasó a Clarke alternativamente, mezclado entre dos, tres o más personas, cuya ficha era correcta. La de él se repitió idéntica varias veces, no era humano.

—¿Qué era, entonces?

—No lo sé. Nadie lo sabe. Pero cuando se le iba a examinar minuciosamente, por orden del coronel…, desapareció. Y quedaron esos seis horribles cuerpos, por todo rastro de su paso por Moscú. Desangrados. Transformados en… en cadáveres sin nada en sus venas.

—Vampiros… —jadeó Ross, sombrío—. ¡Eso es! Usted, Weiss, lo dijo antes: vampiros. Son los que succionan la sangre de sus víctimas. Una especie de murciélagos chupadores de sangre de animales. De ellos se aplicó el nombre a unos seres de novela, que el cine y la televisión difundieron hace muchas décadas ya…

Vampiros, Weiss.

—Vampiros... —Ernie F. Weiss puso un gesto de estupor—. Es absurdo, Ross. Lo dije como un simple comentario. No había nada más parecido. Pero de eso a que fuese realidad...

—Ha sido novedad —cortó Mac Kervin—. Clarke o cualquier otro pudo ser el vampiro de turno. Un poco voraz, eso sí. Son... Son seis los cuerpos desangrados. Aterrorizados, se dejaron aniquilar de tan horrible manera, sin intentar defenderse. No había señales de violencia en la estancia donde sucedió.

—Ross, no sé a dónde nos conduce todo esto, pero sólo tenemos como evidencia lo que dicen el coronel Volnov y la señorita Dniev. Todo puede ser una farsa montada para desorientarnos, para presentarnos un cuento de miedo y cambiar la verdad de las cosas...

—Nos está ofendiendo —se irritó el coronel Volnov.

—No se ofenda, coronel. Recuerde que son culpables de un rapto injustificable, de un delito internacional contra todo derecho, y que...

—Admitimos nuestras responsabilidades —manifestó, arrogante, el militar soviético—. De modo que por ese lado no puede reprocharnos nada. Tenemos el suficiente valor para aceptar un delito así, con todas sus consecuencias morales y políticas. Imagine si será grande nuestro desconcierto, nuestro horror ante lo sucedido, para llegar a tal extremo.

—El coronel tiene razón, Weiss —contemporizó Mac Kervin, menos combativo—. Mucha razón, además. Creo que debe admitir eso como muy lógico. La situación es grave. Increíble diría yo. Admitir un delito internacional, un juego sucio, en medio de tantas maniobras poco honestas como los países llevan a cabo en el curso de su historia cuando hay hostilidad mutua significa que hay algo peor detrás. Y ese algo peor son seis personas sin gota de sangre en sus venas. Vampirismo inconcebible, Weiss. Clarke ha desaparecido. Algo raro ocurre. Siempre tuve el presentimiento de que ese viaje a Mercurio había tenido un siniestro significado. El fin de Morgenberg, el de Jansen... y ahora lo de Clarke. No sé lo que tenemos ante nosotros, pero me temo que sea realmente monstruoso. Si una computadora dice que Clarke no es humano, es para echarse a temblar. Sobre todo, si luego desaparece él... y deja como rastro de su paso unos cuerpos desangrados en forma

inexplicable. Deme una teoría plausible para todo eso, Weiss, y aceptaré que mis temores son erróneos.

—No sé —confesó, con un suspiro, su compañero—. Me siento desorientado. No veo clara la razón de...

—Claro que no la ve. No puede verla. —Ross apoyó su mano en la computadora—. Hay que admitir lo que este ingenio dijo. Las máquinas no sufren error. Menos aun cuando insisten una y otra vez en su veredicto. En resumen: Desmond Clarke «no era humano».

—¡Ross! —aulló Weiss, escandalizado—. Es ridículo que diga eso...

—Me alegra que lo entienda —suspiró Iiona Dniev—. Es lo que pretendemos decirle.

—Ya —se alteró Ernie F. Weiss—. ¿Y pretenden decir también que él, que Desmond Clarke, fue el culpable de esas seis muertes, por succión de su sangre?

—Sí, Weiss —dijo, roncamente, Mac Kervin—. Eso es lo que están pretendiendo decirnos. Si existe un vampiro en este umbral del año dos mil, amigo mío..., ese vampiro ha sido Desmond Clarke, el hombre que volvió de Mercurio con apariencia de ser un hombre normal como todos... «Y no era ya un hombre».

—Ross, ¿se ha vuelto loco? —gimió Weiss, lívido.

—Por el contrario, amigo mío —manifestó Ross, con voz sorda —. Me temo que, por primera vez, he llegado a la verdad, a la espantosa verdad de este enigma...

* * *

La bella y joven enfermera de blanco uniforme plastificado echó una ojeada a lo largo de los desiertos, blancos, asépticos corredores del recinto sanitario.

Contempló la puerta cerrada, asegurada por los agentes de la autoridad militar. Era una estancia clausurada la de aquel paciente que ya nunca volvería. Ella no podía olvidarle. No podía olvidar al hombre agonizante, cuya mano oprimiera durante horas de vigilia, sintiendo su intensa fiebre, su sudor copioso, sus temblores, sus espasmos, leves al principio, más intensos después, a medida que se aproximaba la muerte.

A veces, había sentido fija en ella la mirada angustiada, dolorida, del hombre que en vano luchó contra la muerte. Cathy era una buena enfermera. Y era humana. Había sentido profunda

compasión por aquel paciente desahuciado por la ciencia médica.

Luego, paulatinamente, tras un leve soplo de esperanzados lucidez en el enfermo, la vida de éste se había extinguido. No hubo solución posible. Ahora recordaba con pena y con amargura al hombre joven, bien parecido, incluso arrogante. Rubio, de bellas facciones, fuerte y viril...

Cathy suspiró, meneando su rubia cabecita. Él estaba muerto. Enterrado. Ya no era nada. Sólo un recuerdo...

Siguió su paseo de ronda por el corredor, en la noche tranquila y silenciosa del gran hospital. En aquella zona no había más pacientes. Ni uno solo en estos momentos. Pronto llegarían otros: hombres heridos o quemados en experimentos y pruebas espaciales. Lo de siempre. Pero ninguno sería como el que se había marchado, dejándole el recuerdo de sus ojos profundos, inteligentes, vivos durante un instante, como habiendo querido grabar en aquella simple mirada cada detalle de sus bonitas facciones, de su sensual, menuda y curvilínea figura, tan realzada por el ceñido uniforme, por la breve falda blanca, de materia plástica translúcida...

Cathy dejó de pensar en todo eso. Se detuvo. Escuchó.

Le había parecido sentir un jadeo, pero eso no era posible. No había nadie cerca. Ahora, ni siquiera otros médicos o enfermeros. Sólo puertas cerradas, salas de pacientes esperando ocupante. Pero nadie que pudiera emitir aquel ronco, alargado, extraño jadeo.

Escuchó. Nada. Silencio. Siguió adelante. Caminó por el corredor, indiferente, despreocupada ya. Era su imaginación, sólo eso. No era habitual que se dejase llevar de imaginaciones, pero era una chica joven, y siempre existía ese riesgo...

Pasó ante las últimas puertas. El jadeo se repitió.

Paró en seco. Sintió palpitar su corazón bajo el prominente seno. Ahora estaba segura. Había escuchado algo. Aquel jadeo ronco, prolongado, cercano, sibilante...

—No, no puede ser;.. —murmuró. Miró al exterior, a la zona cercada, a las estrellas, sobre terrenos de la NASA. Allá, en la distancia, luces y resplandores de las rampas y torres de lanzamiento al espacio. Allí en el hospital, ella sola en el pabellón último. De guardia. Sin pacientes en las salas...

Se dirigió presurosa a la centralilla. Informaría por fonovisión a la central. Acaso hubiera algún paciente de emergencia, pero ella

debería haberlo sabido, y alguna luz tendría que lucir sobre la puerta correspondiente, señalando la presencia del enfermo inesperado…

Entre la centralilla y ella había ya solamente tres puertas cerradas; tres habitaciones vacías. Avanzó rápida. El jadeo, como un estertor alucinante, se repitió muy cercano, de súbito… ¡A su espalda!

Giró bruscamente sobre sí. Contempló aquello.

Exhaló un grito prolongado, de inmenso horror. Luego, una fuerza terrible desgarró sus blancas ropas de enfermera. Sus ojos desorbitados vieron que aquello caía sobre su seno enhiesto, que algo presionaba dolorosamente bajo su pecho izquierdo, abrasando su piel…

Un espasmo, un chillido de vivo horror, fueron ahogados en su instante mismo de nacer. Sintió que ardían sus venas, para repentinamente irse helando con rapidez, con espantosa e increíble rapidez, como si algo arrancara de su ser todo calor vital, como si la vaciaran por dentro monstruosamente…

Y ese algo era aquello… Aquello que, sin poderlo creer, se adhería a su torso, para extraerle la vida absoluta, totalmente, en un paroxismo del horror.

CAPÍTULO VI

Pánico

—Vampiro... ¡No puedo creerlo!

—Es usted obstinado, Weiss —suspiró Ross Mac Kervin, frunciendo el ceño—. ¿Necesita más pruebas que esos cadáveres, ese informe frío y mecánico de una computadora, la extraña actitud, el silencio inexplicable de Clarke sobre determinadas cuestiones... y la desaparición en Mercurio de Luther Morgenberg, su compañero de viaje?

—¿Sugiere que Morgenberg... fue también succionado en el planeta Mercurio? —se estremeció Ernie F. Weiss, mirando con pavor auténtico a su compañero de viaje a Moscú.

—No lo sé. No sabemos gran cosa de lo que sucedió arriba, en Mercurio —señaló mecánicamente al cielo neblinoso de la capital moscovita—. Tal vez siempre sea un enigma, pero algo hay de cierto en todo esto: dentro de la Unión Soviética, los agentes del coronel Volnov han recibido el castigo a su comportamiento para con nosotros, cuando raptaron a Clarke en Suiza. Ahora, un monstruo, un vampiro de nueva especie, anda suelto por su país. Y posiblemente esas seis muertes por succión total de su sangre no sean las únicas que registre la Unión Soviética.

—Cielos, Ross, me admira la tranquilidad con que usted acepta un hecho tan delirante, la facilidad con que admite la posible culpa de Clarke en ese horror...

—Alto, Weiss. No es culpa suya. Algo afectó su naturaleza. Algo que no conocemos. Es tanto lo que ignoramos sobre el Universo, y pretendemos conquistarlo con toda nuestra soberbia desplegada, sin entender aún lo pequeños, lo insignificantes, lo míseros que somos frente al gran enigma de la Creación... —Ross se frotó el mentón, embutido en las livianas ropas de abrigo, dotadas de fibras térmicas, para combatir las temperaturas rusas—. No sé, Weiss. No

puedo comprenderlo del todo, pero creo que con la conquista del espacio, en realidad estamos abriendo paulatinamente, a lo largo de años, de décadas, quizá de siglos en lo venidero, unas puertas a lo Desconocido. A una Dimensión inconcebible, donde todo puede suceder, y el hombre está indefenso contra lo que ignora y no sabe dominar.

—Hay que empezar todo, por arriesgado y por grandioso que ello sea, Ross —replicó Ernie F. Weiss, con cierta arrogancia—. De otro modo, nunca llegaría la Humanidad a ninguna parte, y se estancaría en su marcha hacia el progreso, acaso hacia la misma perfección de la especie humana y su sociedad.

—O hacia la destrucción —sentenció lúgubremente Ross—. Desengáñese, Weiss. Hemos de hacerlo, sí. Estamos obligados a ello. Conforme. Lo acepto. Pero aceptemos también todos los riesgos. Incluso este de hoy, que, de repente, se nos presenta aterrador: convertir a hombres en monstruos, a seres amigos, conocidos, entrañables, en… en cualquier «cosa». Incluso en… vampiros. Vampiros científicos, claro. Engendros creados por la ciencia y la técnica que se nos van de las manos. Vampiros que no llegan de Transilvania, sino de otros planetas, adonde fueron siendo hombres, para regresar hechos «algo» alucinante y pavoroso, capaz de aniquilar a quienes eran sus amigos antes del viaje.

—Ross, en ese caso, si lo que insinúa usted fuese cierto…, Clarke habría mostrado algo anormal, hubiéramos advertido en él una metamorfosis, algo…

—Pudo realizarse sin verla nosotros. Después de la cuarentena tras el regreso —aventuró Mac Kervin, encogiéndose de hombros—. Pero no en lo físico, sino en lo mental, en lo interno. Mientras estuvo en paz no atacó, no se manifestó su… su «dolencia», por llamarla de algún modo, ya que esa monstruosa alteración fisiológica, biológica o mental, tuvo que iniciarse allá, en Mercurio, o en el viaje espacial. Al ser raptado, forzado a algo que no quería hacer…, surgió la bestia, el monstruo, la extraña fiera succionadora de sangre, que causó esa increíble forma de matar a sus captores…

—Otro doctor Jekyll y míster Hide, ¿no?

—No, no exactamente. Pero algo parecido. Digamos que ese «vampirismo» espacial es una transformación monstruosa, acaso motivada por radiaciones cósmicas insospechadas, o por las propias

anormalidades de Mercurio... Y el monstruo no lo provocó él, sino que se lo causó el propio mundo al que pertenecía, cuando le hizo astronauta, instrumento de una tecnología demasiado avanzada para lo mucho que ignoramos... En conclusión, Weiss: hemos creado un monstruo entre todos. Y ahora, ni siquiera sabemos localizarlo, ni cómo destruirlo.

—Destruirlo... Sí, imagino que eso es lo que hemos de hacer, antes de que él siga matando. Pero, ¿dónde está ahora Desmond Clarke... o lo que quede de él? Rusia es inmensa, Ross. Y la propia policía soviética no tiene la menor idea de cómo empezar la búsqueda...

—Esperemos, al menos, que los vampiros de nuestro siglo no vuelen... como los de las viejas leyendas de terror —comentó entre dientes Ross Mac Kervin.

Fue un comentario que hizo estremecer a Ernie F. Weiss. Y que recordaron vivamente un poco más tarde, cuando Iiona Dniev fue a buscarles, aguadamente, al lujoso hotel de Moscú donde habían sido alojados por el coronel Volnov.

—¿Sucede algo? —se alarmó en el acto Ross, al ver en la puerta de la habitación a la rubia y bella agente especial del Kremlin, cuando acudió a la llamada.

—Mucho me temo que sí —murmuró ella, con voz ahogada. Entró en la estancia, se detuvo en medio de ella, contemplando pensativa la nevada vista de la plaza Roja, y se volvió despacio hacia Ross Mac Kervin, preguntando—: ¿Envió usted su mensaje al Gobierno de su país, informándole de lo sucedido con todo detalle, y exponiéndole su teoría sobre Desmond Clarke y su posible transformación?

—Lo hice, sí. —Ross, preocupado, la estudió en silencio. Luego, la invitó a sentarse, manifestando con lentitud, al hacer el gesto—: Camarada Iiona, usted trae alguna noticia poco agradable para mí... ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca. Nuestros servicios de Información en Estados Unidos nos la han facilitado con extrema urgencia. Sólo esperaba confirmarla aquí, directamente por usted.

—Pues me temo que no puedo confirmarle nada. No sé nada. Weiss está ahora comunicando por vía satélite con Estados Unidos. Tal vez traiga algo. ¿Qué es, concretamente, lo que usted me trae?

Iiona Dniev estaba levemente demacrada. Se sentó, con un suspiro, en el brazo de una confortable butaca flotante, sostenida por invisibles columnas magnéticas. Desde allí, le espetó su réplica:

—Ross, tendrá malas nuevas desde su país... En Estados Unidos... hay también casos de muerte por succión.

—¿Qué? —aulló Ross Mac Kervin, palideciendo. Se acercó a ella —. ¿Está segura de eso?

—Todo lo segura que puedo estar tras haber recibido el informe de uno de nuestros agentes. Al parecer, ocurrió dentro del recinto de las instalaciones de la NASA.

—¡Infiernos! ¿A qué se refiere? ¿Qué pasó, con exactitud?

—Una enfermera muy bella, un médico joven y un enfermero de guardia nocturna... murieron succionados esta pasada noche en el Hospital General de la NASA... Ni una gota de sangre había en sus venas.

Ross se quedó petrificado. Miró incrédulo a la joven. Iba a respirar, cuando la puerta se abrió violentamente. Ernie F. Weiss apareció en el umbral, con el mismo color que podía tener uno de los «succionados», pero totalmente lleno de vida, aunque no lo pareciese. Los ojos giraban en sus órbitas alocadamente, y parecía a punto de desmayarse.

Ni se fijó apenas en Iiona, cuando avanzó, agitado, hablando entre espasmos de su propia voz:

—Ross, Ross... Tengo que decirle algo... Algo espantoso... —jadeó.

—No hace falta que lo haga —murmuró el joven americano, abatido—. Sé lo que va a decirme, Weiss.

—¿Que usted sabe...? ¡Cielos, no! No puede ni imaginarlo...

—Sí, Weiss. El Kremlin está bien informado, por lo que veo. Y con rapidez. Será cosa de asegurar nuestras propias medidas de control nacional. Pero respecto a esas muertes horribles en el hospital de la NASA..., ya lo sé todo.

—¡Dios mío, Ross...! —sollozó casi Weiss, dejándose caer en un asiento, patéticamente—. ¿Y qué hacemos ahora? Es evidente..., es evidente que el «vampiro», o lo que sea..., vuela. Y ha vuelto a nuestro país...

—No, Weiss. No creo eso. Clarke sigue aquí, en la Unión Soviética —afirmó Mac Kervin, con pasmosa seguridad.

—¿Cómo puede aseverar tal cosa? —Ahora era Iiona la sorprendida, clavando sus azules pupilas en Ross.

—Porque hay más de un vampiro —jadeó Mac Kervin, estremecido.

—¿Cómo? —chilló, angustiado, su compañero.

—Me temo que no estamos ante un caso único, sino ante una auténtica plaga. Una invasión que tal vez comenzó en Clarke... o en Jansen.

—¡Jansen!

—Sí, él —afirmó Ross Mac Kervin—. Recuerdo la leyenda de los viejos y terroríficos vampiros... Ellos «nunca morían» realmente. Eran muertos-vivos. Ese es el caso de Stuart Jansen. ¡Vamos, hay que volver en seguida a Estados Unidos! Y comprobar si aún sigue en su tumba, tras la autopsia, el infortunado Stuart Jansen...

* * *

No. No continuaba allí.

La tumba estaba vacía.

Como en los viejos, lúgubres relatos de terror de la supersticiosa Transilvania, un soplo de frío viento de terror agitó los corazones y espíritus de los presentes, juntamente con el auténtico susurro de sus ropas, movidas por un soplo de brisa húmeda. Lloviznaba tenuemente en Arlington, sobre las tumbas de los héroes y de los presidentes, de soldados y de hijos de la patria, enterrados allí, en Washington...

El féretro de Stuart Jansen estaba tan vacío como si nunca hubiera habido nadie en él. Ross Mac Kervin, pálido pero sereno, no pareció impresionarse ni sorprenderse demasiado.

Era obvio que esperaba ya algo así. Otra cosa quizá sí le hubiera sorprendido. Su mirada se cruzó, sombría, con la de Weiss. Y con la de otros altos dignatarios militares y civiles de la capital federal americana.

—Cielos, Mac Kervin, igual que en un polvoriento relato de miedo, pasado de moda —masculló cerca de él su jefe de departamento—. ¿Qué está sucediendo?

—Hemos abierto la Caja de Pandora, señor —manifestó Ross, ceñudo—. Lo peor es que no sabemos la cantidad ni naturaleza de los males que van a brotar de ella... Pero debí imaginarlo antes. Lo intuí, en realidad, y luego, en el torbellino de los sucesos de Moscú,

me olvidé totalmente de Jansen y de su mancha…

—¿Qué mancha, Mac Kervin?

—La de su frente. Una mancha como una peca ovalada. Jamás la tuvo antes de ahora. Y al morir era clara, bajo el mechón de su cabello. Quisiera saber si Clarke tenía esa peca también, pero nadie pudo ayudarme en Moscú al respecto. Las fotografías nada revelaron. Estoy asustado, créame…

—¿Supone que la mancha o peca tiene alguna relación con este horror? —indagó Weiss, hablando por encima de la tumba vacía de Arlington.

—Sí. Es un indicio. Un síntoma, estoy seguro.

—Un síntoma de enfermedad…

—Tal vez de esta enfermedad —señaló a la tumba abierta, al féretro vacío—. Vampirismo científico. Un mal del espacio. Radiaciones, virus, lo que sea. Convierte a los hombres en bebedores de sangre. Mueren… y resucitan. Demasiado similar. Vampirismo, sí. En su más vieja, increíble y fantástica acepción. Una historia de ultratumba. Un Drácula de hoy, del año 2000, virtualmente…

—Pero aquí no hay estaca o bala de plata que termine con el monstruo… —gimió Weiss—. ¿O tal vez sí?

—¿Yo qué sé? —Ross mostróse desalentado. Su alta figura se irguió, bajo la lluvia incesante que golpeaba sus hombros, sus livianas ropas impermeables—. No entiendo aún todo lo que está sucediendo. Algo es seguro: Clarke mató en defensa de su libertad. Pero Jansen… lo hizo de otro modo. Resucitó para ir a aniquilar a gente que no sólo no le hizo mal alguno, sino que cuidó de él.

—Cathy, la rubia enfermera del hospital… —comentó el director de Seguridad Espacial—. Me dijeron que fue quien estuvo a su lado hasta morir…

—De modo que nuestros vampiros no guardan afecto ni gratitud a nadie. Matan porque les gusta matar. O porque lo necesitan.

—¿Lo necesitan? —repitió Weiss, mirándole muy fijo.

—Sí —Ross se alejó de la tumba vacía, bajo la lluvia de Arlington, en la tarde nubosa y sombría—. Recuerde a los vampiros de la leyenda. Necesitaban sangre para seguir existiendo en su forma aterradora. ¿Por qué no ha de ser ésa una verdadera razón para lo que sucede, pero no de tipo supersticioso ni novelesco, sino

auténtico, razonable? El fenómeno producido en ellos altera su cerebro, sus tejidos, su organismo, su proceso biológico. Bien; precisan de algo que les nutra. Y entonces… beben sangre. Acaso lo más parecido a aquello que mantiene viva la materia originaria del fenómeno.

—En Mercurio, si allí empezó todo, ningún análisis revela nada similar a la sangre… —protestó, con malhumor, el director de Información Espacial.

—Supongamos que hay algo mineral que posee la sangre en abundancia, señor.

—¿Hierro, por ejemplo?

—Por ejemplo. O una serie de minerales de determinado tipo, que poseen idénticas propiedades a la sangre humana. Y que el «vampirismo» existente en algunas criaturas o «cosas» de Mercurio que contaminaron a nuestros infortunados astronautas se nutre allí de tal materia. Aquí, en la Tierra, al reproducirse en los contaminados, precisa de lo más similar en composición química. Y eligen la sangre de otros seres. ¿Eso no tendría incluso lógica científica, señores?

—Una espantosa, terrible lógica, Ross —gimió Weiss, angustiado.

—Desgraciadamente, en esto todo es terrible, espantoso de veras —comentó Mac Kervin, con rostro sombrío—. Ya hay un caso en la Unión Soviética, otro en nuestro país… Yo me estoy preguntando ahora algo que quizá a ustedes se les haya ocurrido ya preguntarse, si leyeron alguna vez el relato de Drácula…

—¿Qué es ello, Ross? —indagó Weiss, aprensivamente.

—Los muertos que «ellos» succionaron…; ¿serán contaminados también… y volverán a la vida, convertidos en vampiros activos?

Hubo un silencio terrible en el cementerio. Alucinado, el director del Departamento de Inteligencia y Seguridad de la NASA se precipitó con brusca carrera hacia un grupo de funcionarios civiles y militares, agrupados cerca de la tumba de Stuart Jansen.

—¡Pronto, actúen! —gritó, con voz ronca—. ¡Es una orden! ¡Cúmplanla a rajatabla, guste o no a los familiares de las víctimas del hospital! ¡Quemen los cuerpos, incineren esos cadáveres inmediatamente!

Los demás miraron con estupor a su superior, limitándose a

asentir, aturdidos, y desplegándose con rapidez, para cumplir la orden. Con la transpiración mezclándose en su rostro demudado con el agua de lluvia, el alto funcionario se reunió con Weiss y Mac Kervin, que le miraban pensativos.

—¿Cree que eso podrá ayudar en algo, Ross? —quiso saber el director de Inteligencia, esperanzado.

—Evidentemente, es una medida cruel, pero necesaria —asintió Ross, encogiéndose de hombros con cierto escepticismo—. Eso evitará, acaso, que suceda lo peor. Sin embargo, Stuart Jansen anda suelto. Igual que lo está Clarke en la Unión Soviética. Me temo que haya más succionados, que no podamos evitar la teórica supervivencia de todos, como muertos-vivos o neovampiros. Y en ese caso, la plaga proliferará, pese a todo, extendiéndose por el país.

—Daremos las órdenes que sean precisas para evitarlo. Declararemos el estado de emergencia si es preciso. Movilizaremos tropas, medios especiales de destrucción. ¡Lo que sea, Mac Kervin, menos dejar que esa nueva especie de vampiros humanos aterroricen y aniquilen a nuestra sociedad!

Ross Mac Kervin contempló tristemente a su jefe. Arriba, en el cielo, zumbó algo, con un lejano, ahogado rugido. Una chispa de luz hendía las nubes cargadas de lluvia. Weiss comentó entre dientes:

—Otra nave espacial… Rumbo a alguna parte. Quizá a la base lunar, quizá a explorar algo, lo que sea…

—Sí, Weiss —asintió Ross—. Ya veo. Nosotros mismos, señor, somos los que estamos aniquilando a nuestra sociedad, a nosotros mismos. Esos «vampiros», o lo que quiera que sean ahora las personas a quienes conocimos como amigos y camaradas, que eran iguales a nosotros en todo…, los hemos creado nosotros. Y nadie más…

El jefe no se atrevió siquiera a replicarle. Contemplando ceñudo aquel cuerpo espacial, acaso se dijo que Ross Mac Kervin tenía razón en su amargo, acre comentario sobre el origen verdadero de todos los males.

* * *

Examinó calmosamente las fotografías de Clarke, obtenidas después de su viaje espacial. Hizo ampliar en un proyector graduable las diapositivas más claras, en especial aquellas que reproducían su rostro, su cabeza.

Encontró la mancha en una sola de ellas. Casualmente. Por puro azar.

—¡Ahí! —gritó, roncamente, deteniendo la proyección y señalando la pantalla iluminada con la imagen estereoscópica de aquella diapositiva en tres dimensiones—. ¡No la muevan!

Se acercó. Estudió la cabeza de Desmond Clarke. Apoyó un puntero sobre cierto lado de la cabeza, junto a la sien derecha. Allí aparecía la peca o lunar color café. Visible junto al arranque de la patilla. La mitad asomaba. La otra mitad se hundía bajo el pelo del joven astronauta.

—He tenido suerte —masculló Ross, excitado. Hizo tomar ampliaciones fotografiadas de aquella imagen, antes de terminar la proyección. Luego, fatigado, apagó el proyector y se dejó caer en un asiento. Contempló con fijeza a Ernie F. Weiss y a la doctora Carol Danbury, sentados frente a él en la cabina de proyección del Archivo de la NASA—. ¿Saben en dónde fueron tomadas esas fotografías?

—Claro: —asintió gravemente Weiss—. En Montreux. Durante su encierro vigilado en el albergue. Ese fotograma es anterior al film en video tomado durante su charla con la señora Morgenberg.

—Ludmila Morgenberg... —reflexionó Ross, incorporándose vivamente en el asiento—. Eh, por favor, pasemos de nuevo ese video-cassette. Va a sernos muy útil, si logramos ampliar con cierta nitidez a Clarke. Es evidente que la placa o mancha estaba ya en formación. Es algo más pequeña que la que llevaba Jansen una vez muerto. Quiero ver si aumentó en esas horas de encierro en Montreux, hasta charlar con la señora Morgenberg...

Weiss asintió, dando las órdenes pertinentes a la sección de Archivo. Poco después, Ross Mac Kervin visionaba sin sonido la entrevista Clarke-Ludmila Morgenberg. La dama enlutada, de hermosa figura, arrogante elegancia y verdes ojos, era digna de la mayor atención, pero en esta ocasión, todo el interés de Ross se centraba en Clarke, pese a los evidentes atractivos físicos de la joven viuda.

En dos ocasiones hizo detener la proyección y acercar la imagen tridimensional de la cassette filmada en color. La fotografía no era limpia, pero sí lo suficiente para descubrir en esas dos imágenes la mancha marrón de la sien de Clarke.

La comparó, registrando las imágenes en la computadora. Esta trabajó, al recibir ambos datos. Dio su respuesta:

«Lunar, en la primera fotografía, proporción 1. En la segunda fotografía, proporción 3, 7.»

—Aumentó tres veces, casi cuatro, en sólo un día de intervalo —comentó Ross, ceñudo—. Apliquemos la fotografía de Jansen que poseemos. Y que la computadora informe.

Informó también:

«Ultima fotografía: mancha, proporción 5.»

—Y en «proporción cinco» le llegó a Jansen la muerte o falsa muerte, que le convirtió posteriormente en vampiro, si no lo era ya en potencia —susurró Ross, pensativo—. Eso quiere decir que cuando Clarke llegó a Moscú, en poder de sus raptores..., la mancha ya había progresado hasta su «punto cinco», aproximadamente. Daremos este informe a nuestros organismos de seguridad. Cualquier persona con una mancha así, será investigada exhaustivamente, pero de forma rigurosa, controlando sus actos, vigilando y con la orden tajante de destruir a quien intente la menor resistencia.

—Es una medida oportuna —aceptó la doctora Danbury—. ¿Darán orden de disparar?

—Si no hay más remedio, sí. Pero piensen que una muerte normal no parece decisiva en este caso. Habrá que disparar proyectiles especiales. Térmicos, por ejemplo. O corrosivos.

—Es horrible —se estremeció la doctora—. Desintegrar... o abrasar a un ser humano.

—Horrible, sí. También lo sería que ese ser humano succionase la sangre de sus vigilantes, antes de que éstos pudieran defenderse. Recuerde que Clarke acabó él solo con seis personas habituadas a toda clase de situaciones difíciles, en las dependencias policíacas de Moscú. Eso debe servirnos de escarmiento a todos.

—Ross, me estoy haciendo una pregunta desde hace tiempo... —habló Weiss, frotándose la barbilla, pensativo.

—Adelante. Si existe una posible respuesta, se la daré.

—¿Cómo succionarán esos... es... «vampiros»... a sus víctimas? Quiero decir, ¿qué hacen para absorber la sangre? Los famosos colmillos de la leyenda dejaban una huella clara. Esa mancha circular, como de piel quemada, como de una ventosa extraña

aplicada al seno de cada ser…

—Es solamente eso: una señal sin aclarar —suspiró Ross—. No sabemos nada apenas de esa especie nueva de vampirismo. No conocemos sus procedimientos, ni tan siquiera si conservan su apariencia humana normal, cuando se convierten en… en esas «cosas».

—Sí, claro —Weiss se hundió en una postura cómoda, con gesto contrariado—. No sabemos nada de nada, Ross. Y eso es lo terrible.

Mac Kervin preparó el material para distribuir a los cuerpos especiales de búsqueda de presuntos vampiros. Entretanto, giró su cabeza, contemplando con vivo interés el fonovisor, cuyo llamador zumbaba, parpadeando intermitentemente su luz de aviso.

Conectó. En la pantalla apareció una lejana imagen, bajo el superpuesto rótulo indicador de la Compañía Internacional Fonovisión:

«Conexión intercontinental. URSS. Moscú. Urgente.»

Reconoció la imagen tridimensional, algo borrosa por la distancia y alguna interferencia de tipo atmosférico.

A pesar de todo ello, descubrió agitación en Iiona Dniev. Acaso terror. Un sentimiento que empezaba a estar muy arraigado en cuantos conocía, y que le era ya tremendamente familiar.

—Ross Mac Kervin habla —dijo Ross, sonriente—. La veo, Iiona. Informe, camarada. ¿Algo nuevo?

—Sí, Ross. Y muy malo también.

—Me lo temía. ¿Qué es ello?

—Ross, el Gobierno soviético va a declarar el estado de excepción inmediatamente. Y solicitará cooperación oficial con Estados Unidos y con todos los países que lo deseen. Esto empieza a ser aterrador.

—Me temo lo que va a decir. ¿Más víctimas?

—Bastantes más. Pero eso no es lo peor. Lo malo es que Clarke…, Clarke no está solo.

Fue como una sacudida de alta tensión en los nervios crispados de Mac Kervin. Pálido, sereno, miró a Weiss y a la doctora Danbury, que, ávidamente, se inclinaban hacia él, fija su vista en la pantallita del fonovisor.

—Entiendo —dijo Ross, roncamente, tragando saliva.

—No, no entiende… —gimió Iiona—. Quiero decirle que…

—Sé lo que quiere decirme, Iiona. Lo he sospechado ya. Hemos tomado medidas adecuadas. Póngase en contacto urgente con mi Gobierno. Se trata… Se trata de… de los muertos, ¿verdad?

—Eso es. Resulta… espantoso, Ross… —La serenidad habitual de Iiona Dniev había ido a parar por los suelos, y Ross no podía reprochárselo en modo alguno—. Pero todos los que aniquiló Clarke…, todos los «succionados»…, han desaparecido del depósito de cadáveres. Hay más víctimas… Creo que suben ya a dos docenas de seres los que perdieron la totalidad de su sangre… Hay gente que les ha visto huir a esos seres que ya murieron, que no tenían sangre alguna en sus venas… ¿Es eso posible, Ross?

—Mucho me temo que sí. Es todo tal como imaginaba. No puede ser peor, Iiona… Pero ustedes tienen, al menos, una ventaja sobre nosotros: testigos. Dígame, por favor: ¿qué han visto ellos exactamente? ¿Cómo son los vampiros, cuando «resucitan» o vuelven a la vida, para pasar, a su vez, a succionar la sangre ajena? ¿Lo sabe alguien?

—Sí, sí… —casi sollozó Iiona, aproximándose a la pantallita, donde aumentó su imagen. Sus ojos estaban dilatados por el terror, más azules y profundos que nunca, pero también más angustiados, más inquietos—. Los han visto, Ross… Son tal como eran en vida…, pero terriblemente pálidos… Se desplazan rápidamente… y… y se elevan, flotando en el aire, pareciendo volar sin alas…, para alejarse así con celeridad, y desaparecer en cualquier escondrijo. ¿No es horroroso, Ross?

CAPÍTULO VII

Plaga

Horroroso.

Era la palabra adecuada. Había muchas otras más que describían lo tremendo, lo realmente terrorífico e insólito de la situación de angustia y emergencia por la que pasaban las dos mayores potencias mundiales. Los dos colosos de la Tecnología y la conquista espacial. Era como si los tiempos bíblicos volvieran, en un círculo eterno y repetido, con las plagas abatiéndose sobre la Tierra para castigo del hombre, soberbio y altanero ante la grandeza de Dios.

Pero aceptando ese castigo, ese azote acaso merecido, como dura lección a tanto orgullo desmedido, los países, los gobiernos, la humanidad misma, no podían cruzarse de brazos y esperar.

Estaban en peligro. Todos. Y lo sabían. Empezaban a darse cuenta. Despertaban de un letargo de desmesurada confianza en las propias fuerzas. Habían contado con todo. Incluso con armas nucleares, con enemigos implacables, con ejércitos poderosos, con misiles, con satélites-fortaleza, con cohetes espaciales teledirigidos, con armas devastadoras.

Todo estaba previsto. Todo… menos esto.

El enemigo estaba dentro. En sus propias filas. Podía ser cualquiera de ellos. La contaminación era espontánea. Un «succionado» se convertía en vampiro rápidamente. Pasaba a ser un muerto-vivo. O un nunca-muerto, como decían las viejas historias de Transilvania, de castillos sombríos, de aristocráticos espectros y cosas así. Pero, ¿quién sabía dónde terminaba la contaminación realmente?

Jansen había muerto perfectamente normal. Y era un vampiro al «resucitar». Clarke no había llegado a morir. En vida era ya un vampiro.

En cuanto al tercer astronauta, al perdido Morgenberg..., ¿qué sabía nadie de él, si la propia historia de Clarke podía ser una tremenda patraña?

Eso era lo peor de todo. Que no sabían nada. Que podían sospecharlo todo, incluso lo peor. Y estar quizá en lo cierto.

La psicosis de terror empezaba a extenderse. No podían silenciar los hechos. Al principio, una oleada de escepticismo, de total incredulidad, acogió las medidas severísimas de autoridades soviéticas y americanas. A medida que comenzaron los despachos alarmantes, avisando del incesante aumento de víctimas, de la quema de cuerpos en diversos puntos de cada país, de testimonios de personas que vieron a los flotantes, fantásticos vampiros desplazándose veloces por el aire en busca de escondrijo, Europa, el resto del continente americano, e incluso Asia, más lejana y aparentemente más segura por el momento, despertaron a una serie de medidas rígidas, severísimas, de control, medicación y examen de cada ciudadano, aunque nadie sabía a ciencia cierta lo que buscaba, cómo buscarlo, y lo que era peor... cómo encontrarlo.

Pero al menos algo se estaba haciendo. Se adquiría conciencia mundial del posible desastre, del caos al que podía llegar una humanidad salpicada de seres monstruosos que succionaban la sangre ajena, contaminando a sus víctimas y haciendo de ellas nuevos vampiros.

Entre tanto, febrilmente, la lucha continuaba. Las órdenes se dictaban desde los centros de seguridad de los dos países afectados.

Y la tensión no cedía. El miedo continuaba, crecía incluso. Y todos esperaban. Esperaban resultados. Esperanzados en un posible éxito. Temiendo, interiormente, un terrible fracaso de incalculables consecuencias para los humanos.

En todas partes la angustia era la que presidía cualquier actividad. Pero en ningún sitio como en Moscú o en Washington, D. C.

* * *

El lanzallamas abrió fuego bruscamente.

Hubo un repentino, pavoroso alarido en el grupo de extraños seres hacinados entre la arboleda. Trataron de correr tres o cuatro de ellos, huyendo de la larga, cegadora llamarada del tubo térmico proyector, manejado por los tres hombres de uniforme y

sobrecubiertos con atavíos antitérmicos adecuados.

Luego, la llama persiguió a los que huían, les impidió que sobrevolaran la arboleda en una extraña maniobra flotante, como si dispusieran de alas o sus cuerpos fuesen ingrávidos como plumas. Al igual que el resto del grupo ardía ya, retorciéndose en pavesas, los evadidos flotaron hechos cenizas ardientes, antes de caer en el suelo de altas hierbas, convertidos en negras formas carbonizadas, que rodaron despidiendo chispas por entre la espesura. Algunos matorrales ardieron, pero eso no tenía gran importancia para los equipos exterminadores de vampiros. Lo importante era que éstos fuesen aniquilados paulatinamente, sin la menor piedad.

Todavía uno de los agrupados y pálidos seres de ultratumba corría por entre la arboleda, buscando una salvación desesperada. La llama le persiguió, rugiente, serpenteando en el boscaje. No logró darle alcance. Al menos de momento.

Furioso, lívido, se volvió el rostro de aquel monstruo humano. Entre sus labios brotó algo. Como una forma cilíndrica, rojo oscura. Igual que un tubo carnoso, horrible y dilatado, rematado en una ventosa o boquete circular. Reptó en el aire, chascando como la lengua de un camaleón, en gesto de horrenda burla a sus adversarios. Luego, repentinamente, la llama alcanzó unos arbustos, cayeron éstos sobre el fugitivo, prendiendo sus ropas. El vampiro rodó por la espesura, aullando atrozmente.

Sus ropas prendieron, su carne flaca y blancuzca también, y terminó por ser una pira humana, aunque ya poco tenía de humano en su ser, a juzgar por su aspecto, su mirada demente, desorbitada y su lengua extraña, apenas vislumbrada un momento por los «cazadores de vampiros»...

—¿Visteis eso? —se estremeció uno de los combatientes de aquellos monstruos—. Su boca al abrirse... fue horrible...

—Realmente horrible —asintió otro—. La lengua era como un rollo enorme, succionante. Como la lengua de un monstruo.

—Ni siquiera era una lengua, sino un colgajo de carne viviente —se asustó un tercero—. Logré fotografiarlo... Creo que la NASA pagará bien este servicio. E incluso el Gobierno. Es al primero de esos seres que le vemos la lengua en su estado actual...

Y agitó, triunfalmente, su pequeña cámara portátil, en la que estaba registrando la matanza constante de vampiros en ciudades,

pueblos y campos del país...

* * *

Ross Mac Kervin estudió la fotografía. No era demasiado buena ni limpia, pero bastaba. Se la tendió a su interlocutora.

—Créame, señora —murmuró—. Sería mejor que no la viese. Pero si lo prefiere así...

Ludmila Morgenberg se estremeció, contemplando aquel ser horrible, lívido y convulso, de expresión terrible y ávida, cuya boca abierta mostraba la lengua adiposa, roja, carnosa y vibrátil, terminada en un tubo succionante, una auténtica ventosa humana.

—¡Dios mío...! —murmuró, muy pálida, pestañeando sus verdes ojos con pavor—. Es un auténtico monstruo, señor Mac Kervin...

—Todos lo son. Se transmutan, señora, no sé de qué forma aún. No podemos correr el riesgo de obtener el cadáver o el cuerpo de un no-muerto para analizarlo. Es un peligro cierto. Desconocemos otro medio de combate que no sean los convencionales del fuego o la desintegración. En este caso, me temo que las famosas estacas afiladas o las balas de plata de nada sirven. Ni siquiera los ahuyentaríamos con la cruz. Son otra clase de monstruos. Los hemos creado nosotros. Y nosotros hemos de aniquilarlos. Es lo que se hace en cualquier época con todo lo que está mal logrado... si no se quiere crear una generación de monstruos.

—Señor Mac Kervin, usted se ha convertido virtualmente en el líder de esta acción combinada del mundo, contra los seres en que se convierten personas normales, afectadas por esa contaminación, o lo que ello sea —murmuró ahogadamente la viuda Morgenberg—. ¿No es cierto?

—No del todo —sonrió Ross, encogiéndose de hombros, mientras recuperaba la fotografía y le echaba una mirada reflexiva a la misma antes de depositarla con otro material apilado en su mesa de trabajo. Se pasó una mano nerviosa entre sus cabellos revueltos. Tenía aspecto de cansado—. Lo que ocurre es que he sido el primero en intuir lo que sucedía, la naturaleza misma del peligro... y mi Gobierno se ha decidido a concederme el mando virtual de la operación. Pero en realidad, todos y cada uno estamos sirviendo ahora, no sólo a nuestro país, sino al mundo entero, a la sociedad, a la humanidad toda.

—Le comprendo —suspiró ella. Se acomodó a su lado, y

contempló pensativa el exterior, controlado por fuerzas armadas, con vehículos de combate, con aeronaves ligeras, con turbomóviles provistos de armas destructoras—. De cualquier modo lo está haciendo usted muy bien, amigo mío.

—Solamente lo mejor que puedo. Nos faltan medios, conocimientos incluso, de la materia que manejamos. Nunca sucedió nada igual en lo que va de historia de nuestro pobre planeta.

—¿Por qué cree que sucede esto, Mac Kervin?

—Señora Morgenberg, usted parece saberlo —dijo tristemente Ross—. Por eso está ahora aquí procedente de Múnich. ¿O no es así?

—En efecto. Por eso estoy aquí —convino ella con un suspiro—. Es Luther, ¿no? Luther, mi esposo, fue el origen de todo…

—De eso no podemos estar seguros. De lo único que nos hemos convencido, es que todo comenzó allá, en Mercurio. En ese maldito viaje. Ahora está encerrada la nave espacial, aislada y sometida a toda clase de exámenes y análisis. Nadie puede acercarse y tocarla. Nadie puede correr el riesgo de contaminarse, aunque ya sea tarde para evitar lo peor. En ese vehículo cósmico que estuvo sobre Mercurio podemos hallar la razón de todo. Confiamos en eso al menos.

—¿Y Jansen? ¿Y Clarke? Ellos parecían tan normales…

—Es cierto. Lo parecían. Usted habló con Clarke en Montreux, y estaba ya a punto de sufrir la metamorfosis total, definitiva. La que sufrió en Moscú, señora. Jansen murió con aire apacible, tranquilo. Nadie le «succionó» a él, al menos aquí, en la Tierra. Ni a Clarke. Es posible que trajeran el virus desde Mercurio. En estado latente.

—O que mi marido les contaminara a ambos —sugirió ella, tristemente.

—También pudo suceder que él resultara contaminada por ellos y muriese.

—Tal vez fue convertido en… en uno de «ellos» —tembló Ludmila Morgenberg, asustada por esa posibilidad—. Y ahora vaga por Mercurio transformado en… en una «cosa» de esas.

—Aunque así fuera, ¿qué puede importar eso? Su suerte allí no será peor que aquí, entre nosotros, Al menos, Luther Morgenberg nunca contaminará ya a nadie de nuestro mundo. Ni usted sabrá

nunca lo que sucedió con él. En cierto modo, eso es compasivo. Y confortante.

—Quisiera sentirme confortada —musitó ella—. No puedo. Por eso he venido. Cuando supe lo que sucedía, salí de Alemania para unirme a ustedes en lo que fuese. No puedo soportar la soledad, con el recuerdo de Luther, de su desgracia tremenda, de su suerte ignorada… Deseo hacer algo, ayudarles, Ross Mac Kervin… si ustedes me aceptan a su lado.

—Claro, señora —asintió Ross, afable. La miró, animoso—. Puede quedarse. Y trabajar a nuestro lado. Le aseguro que todos la ayudaremos también a olvidar.

—Gracias, Mac Kervin —espontáneamente, ella se acercó a Ross, rodeó sus hombros con ambos brazos, y sus ojos brillaron cálidamente. Entreabrió sus labios carnosos, mostrando la rosada punta de su lengua, entre los dientes iguales y blancos. Era hermosa. Hermosa y turbadora. Además, estaba sola, necesitada de afectos. Ross era joven, arrogante, atractivo para las mujeres. La situación tenía su lógica irrebatible. Hombre y mujer. Algo eterno como el mismo mundo. Ella sonrió dulcemente, sin desviar de él sus ojos insinuantes, cuajados de anhelos ocultos—. Gracias… Seremos muy buenos amigos usted y yo. ¿Me permite… Me permite que le muestre mi gratitud y simpatía, amigo mío?

Ross no pudo negarse. Ella le besó cálidamente la mejilla, acercó sus labios a los de él para unirlos en un beso…

«Parecía un buen principio para ser una amistad con simple gratitud y simpatía», pensó Ross con ironía. Luego, de súbito, vio la mancha color café. Bajo los cabellos de la hermosa viuda, junto a su oreja…

Un repentino gesto de horror sacudió a Ross. Apartó de un empellón a la hermosa viuda Morgenberg. Ella se tambaleó, le miró con nueva expresión de ira, de odio, de furia despiadada…

Estaba lívida, desorbitados sus ojos…, y por entre los labios brotó ahora una horripilante lengua redonda, cilíndrica, rematada en una ventosa de carne succionante, roja y erizada como de granos adhesivos…

La metamorfosis de la legua parecía acompañar a la de su rostro, ahora mortalmente blanco, estirado y fantasmal, a sus manos, engarfiadas y crueles, que buscaban sujetar a Ross, oprimirle contra

sí…

Mac Kervin supo que, al fin, tenía ante sí a un vampiro en activo. Y ese vampiro diabólico era la viuda Morgenberg, hermosa y cautivadora…

Hubo unos instantes de angustiosa incertidumbre.

Después, ella se abalanzó sobre él con un gorgoteo horrible, un estertor monstruoso y sibilante, que escapaba de su boca babeante, abierta, ávida, en donde se alargaba inverosímil su fea, espantosa lengua roja, carnosa y redonda…

Ross Mac Kervin saltó atrás, brincó con agilidad felina por encima de su mesa de trabajo, cuyos objetos y documentos rodaron por el suelo, cuando la viuda se abalanzó, en nuevo intento, acorralando a Ross contra el muro.

No poseía armas, ni medios para combatir el horror viviente, metido allí mismo, en su propio santuario. Nunca pudo sospechar de la hermosa viuda, ni hubiera sospechado, de no ver tan providencialmente, junto a sus ojos, la reveladora peca marrón, ovalada.

La viuda, convertida en aquella repugnante «cosa» ávida de sangre, le acosó en un ángulo de la estancia. Ross la vio jadear, transformarse en algo inhumano, bestial, estiradas sus facciones inverosímilmente, convertidos los ojos en dos globos vidriosos, desorbitados, dantescos…

No tenía evasión posible. Ni medios de luchar.

Apenas adelantó un brazo para frenar a la feroz enemiga, ésta lanzó un rugido sordo, agitó sus manos, y Ross sintió que unas uñas de acero hendían sus ropas, rasgándolas brutalmente, como cuchillos afiladísimos.

Reculó. Sangraba. La visión del rojo líquido, goteando de su brazo arañado profundamente, convulsionó demoníacamente la faz espantosa de la mujer hecha vampiro. Brincó hacia él, moviendo golosa aquella lengua terrorífica e informe, que se alargaba, se alargaba como un reptil monstruoso para succionar el preciado plasma humano…

En ese momento se abrió la puerta. Una voz chilló desesperada. Era Ernie F. Weiss.

—¡A mí la guardia! —aulló—. ¡Emergencia, ataque…!

Ella se revolvió, hecha un monstruo aterrador. De sus ropas

comenzaba a brotar un hedor nauseabundo, como a carne muerta o putrefacta, a algo ácido y corrompido. Corría agitada hacia Weiss para silenciarle, para cerrar acaso la puerta y bloquear a ambos en el recinto cerrado, convirtiéndolo en cepo mortal...

Pero el grito de Weiss era eficaz. Brotaron soldados armados en la puerta. Ross se precipitó contra la vidriera, desgarrándola, y cayendo sobre una amplia terraza inferior, asomada a las zonas acordonadas de la NASA.

Weiss también se apartaba a un lado, y chorros de fuego envolvían dantescamente a la viuda Morgenberg, convirtiéndola en una antorcha llameante, que se revolvió por entre los muebles, con alaridos de fiera herida, que murieron en un estertor bestial, y luego en un jadeo ahogado por la muerte, cuando el cuerpo hermoso, turgente, no fue sino una informe masa carbonosa, abatida sobre el pavimento plástico, despidiendo humo y chispas...

—Dios sea loado —jadeó Weiss, corriendo a ayudar a su amigo, que se incorporaba ya, entre vidrios pulverizados, en la terraza exterior—. Llegué muy a tiempo, Ross...

—Sí, muy a tiempo —susurró Mac Kervin, todavía pálido, impresionado, tembloroso por la terrible experiencia vivida—. Pude haber muerto, pero al menos hemos obtenido de esto una valiosa e inesperada experiencia, Weiss.

—¿Y ha sido...? —se enjugó el sudor Ernie F. Weiss, asomado a la cristalera hecha pedazos por el impulso de Ross para dejar actuar libremente a los chorros de fuego aniquilador de sus guardianes.

—Que ellos pueden aparentar ser normales, como usted o como yo... y de súbito transformarse en lo que realmente son... Ahora entiendo lo de Jansen, lo de Clarke... Es un estado de mutación constante, a voluntad. Pueden fingir, mentir, parecer gente vulgar.

Y son vampiros, contaminados por ese virus, radiación o lo que sea...

—De modo que según eso, Ross...

—Según eso, ya no podemos fiarnos de nadie. Ni siquiera entre nosotros mismos, Weiss. ¿Se da cuenta? Cualquiera de nosotros, usted, yo, la doctora Danbury, el propio presidente de Estados Unidos puede ser uno de «ellos». ¿No es eso espantoso y desolador, amigo mío? ¿Cómo? ¿Cómo luchar contra eso?

Hubo un silencio profundo. Ernie F. Weiss se encogió de

hombros, demudado. Su respuesta tuvo que ser forzosamente pesimista:

—No lo sé, Ross... Me temo que no hay medio de luchar. El mundo ha perdido su batalla. Deberemos empezar a admitirlo así por mucho que nos duela y nos asuste...

CAPÍTULO VIII

¿Esperanza?

—Perdida la batalla... No, no imposible...

Ross Mac Kervin sacudió la cabeza en sentido afirmativo. Su gesto era grave, hosco. La fatiga, la tensión, el nerviosismo de aquellas horas tensas del mundo se reflejaban en su gesto, en su estado todo, de auténtico agotamiento, de incipiente desmoralización. Algo que chocaba ver en un hombre tan entero y firme como Ross Mac Kervin.

—Lo siento, camarada Iiona —dijo con cierta amarga ironía en su tono—. Eso es lo que tememos. Por eso estoy ahora en su país. Necesito cambiar impresiones con el coronel Volnov lo antes posible...

—Está... está con el premier del Soviet Supremo, Ross... Reunidos los dos en sesión de urgencia.

—Aun así, debo verlo. Si puede conducirme a presencia del premier, no dude que hará un bien con ello —le mostró una credencial especial, sellada por la Casa Blanca—. Vea esto. Es mi garantía personal. La prueba de que he sido examinado al emprender este viaje, y era entonces un ser humano, normal y corriente. Claro que puede desconfiar de mí. Pude cambiar durante el viaje, contaminado por algo o por alguien. Eso queda a su albedrío, Iiona. Pero por igual razón, y dado que ustedes aquí aún ignoran ese punto, yo podría imaginar que usted es una de ellos, y sospechar de su persona. La verdad, crudamente dicha es que... sí, sospecho. Y sospecharé en tanto no me pruebe lo contrario.

—¿Tan mal está la cosa? —musitó ella, estremecida.

—Sí, tan mal está —convino Ross—. Así está todo, camarada Iiona. Los seres humanos de apariencia normal son también vampiros. Se transforman de súbito.

—Pero, ¿cómo sucede eso? ¿De qué modo se produce el

fenómeno, Ross?

—Sé su proceso visible, pero no su desarrollo clínico o biológico. Su lengua se altera, su rostro palidece, su cuerpo se crispa. No hablan. Brota un estertor de su boca... Y su cuerpo empieza a despedir un raro hedor como de algo corrupto.

—¡Dios mío, es atroz! —tembló ella.

—Atroz, sí. Además, tienen una fuerza poco común, una avidez devastadora. El fuego y las armas desintegrantes les vencen, por supuesto, igual que a quienes demuestran claramente ser vampiros. Por eso estoy aquí, Iiona. Tengo que hablar al coronel.

Y mejor aún al propio premier. Deben reunirse mi presidente y el suyo y adoptar medidas severísimas, extremas. O corremos el riesgo de perecer todos, contaminados por ese horror sin fin...

—Sí, le entiendo —ella se inclinó sobre un fonovisor rojo, especial, que accionó. Habló en ruso rápidamente. Su tono era apremiante, urgente. Esperó, mirando al hombre que, con distintivos de muy alto funcionario, aparecía en la pequeña pantallita tridimensional. Informó ella a Ross entre dientes—: Un momento solamente. El premier va a ser informado en el acto.

Esperó Ross, impaciente. Se nubló la imagen en la pantalla. Cuando se aclaró estaba allí el primer mandatario de la Unión Soviética.

—Conforme, camarada Iiona Dniev —dijo el ruso—. Haga entrar al americano Ross Mac Kervin en mi gabinete. Y entre usted con él.

—A la orden, señor —afirmó ella, solemne.

Cerró el fonovisor. Poco después eran conducidos por soldados armados rigurosamente con proyectores de fuego o de energía disolvente, hasta el gabinete personal del premier ruso. Una vez en su presencia, el premier estrechó con rigidez la mano de Ross. Era un hombre no muy alto, nervudo, firme, de rasgos eslavos y fría mirada. Destilaba autoridad por todos sus poros. Y preocupación, por supuesto.

—Acomódense —invitó—. Ahora iba a recibir al coronel Volnov. Parece que tiene información de interés para mí. Y, por tanto, también para ustedes. Debemos cooperar en esto, ya que ambos, por distintos medios, provocamos la crisis, ¿no cree, Mac Kervin?

—Sí, señor. Estoy de acuerdo —admitió Ross—. El hombre debe aceptar sus propias culpas y tratar de purgarlas. Eso ocurre desde el

principio del tiempo. Lo que hace falta es que tengamos todos la suficiente sinceridad para admitirlo así…

El premier sonrió seriamente. Hizo un gesto a un subordinado suyo de elevada graduación. Se deslizó una puerta silenciosamente. Entró en la cámara la figura y el rostro familiares del coronel Volnov, de la Inteligencia Espacial Soviética.

—Señor… —saludó rígido al premier. Luego, sorprendido gratamente, hacia Ross e Iiona—. Oh, ignoraba esta circunstancia… ¿Usted en Moscú, amigo Mac Kervin?

—Razones poderosas, coronel —asintió Ross, pensativo—. El premier debe saber lo que sucede en mi país.

—Hable, Ross. Luego escucharé lo que tenga que decirme Volnov.

Ross expuso lo ocurrido en la NASA el día anterior. Luego refirió en qué consistía la nueva medida de seguridad, que exigía a cada ciudadano un control y un certificado de obligada asiduidad ante las computadoras para comprobar que cada persona era, exactamente, quien decía ser, y no un monstruo agazapado bajo una piel aparentemente normal.

—Eso altera totalmente los sistemas de seguridad —convino el primer ministro soviético—. Volnov, hay que cambiar los procedimientos en vigor. Haga que todo sea como indica Mac Kervin. Se ha convertido en la primera autoridad mundial en… en vampiros del espacio, por llamarles de alguna forma a esos entes indescriptibles.

—Sí, señor —afirmó Volnov—. Pero debemos darle un informe especial, de primera mano, sumamente importante. Quizá también le convenga conocerlo, Mac Kervin. Dentro de tanta mala noticia, será agradable que lo sepa si el señor ministro no pone inconveniente…

—Ninguno, Volnov. Déjese de secretos y de hechos confidenciales. Esta es una guerra de todo el orbe contra una amenaza llegada del exterior —señaló el cielo, sobre sus cabezas—. Adelante con su informe.

—Se trata de Desmond Clarke. Ha sido abatido, señor.

—¿Qué? —exclamó el premier.

—Coronel, ¿qué dice? —jadeó Ross, sorprendido.

—Lo que oyeron —sonrió satisfecho el coronel, acercándose a

ellos con su andar pausado—. Vean la prueba… Mi propio equipo personal de aniquilamiento localizó a Clarke oculto en un suburbio de Moscú, al sur de la ciudad… Era un monstruo horrible, nauseabundo ya… La metamorfosis se produce, evidentemente, de modo paulatino y definitivo al llegar a cierto grado. Era una masa informe, espeluznante, sin apariencia humana apenas…, pero con una larga, horrible lengua roja, redonda, succionante, en una masa amorfa, blanca, putrefacta, que alguna vez fue su rostro…

—¿Cómo pudo identificarle coronel? —dudó Ross.

—Vean esto… —el coronel acercó al premier, a Ross y a Iiona, una serie de objetos—. Los rescatamos del cadáver abrasado tras rociarle de llamas… Una placa de identificación de la NASA, con el nombre y la clave de su compatriota, un documento en plástico indestructible, un llavero con las iniciales:

D. C.

—Entiendo —susurró Ross, cabizbajo—. ¿Iba usted al frente de ese pelotón de extinción?

—Sí, Mac Kervin. Éramos seis hombres. Cinco subordinados míos y yo —miró al premier—. Hubo fortuna en la acción, eso fue todo.

—No se acercaron a Clarke, ¿verdad?

—No, en absoluto. Temíamos contaminarnos y…

—Hizo bien —Ross respiró hondo. Miró a la puerta del gabinete presidencial. En la entrada había ahora cinco hombres uniformados en pie. Les señaló—. ¿Su gente, coronel?

—Sí —sonrió Volnov—. Son ellos, mis bravos. Supuse que querría verlos usted, señor…

—En efecto —afirmó el premier—. Me veré muy honrado de tenerlos en mi presencia para felicitarles por su valor. Necesitamos mucha gente como ellos en la presente crisis…

Ross Mac Kervin estaba mirando a Volnov y a sus subordinados. Pasó su brazo en torno a los hombros de Iiona, afectuosamente. La oprimió contra sí. Ella le miró sorprendida, al sentirse tan efusivamente tratada. Descubrió el tenso rostro de Ross, mientras Volnov y sus hombres se plantaban ante el premier moscovita…

—Cuidado —jadeó Ross en voz baja—. Volnov y sus cinco hombres… Todos ellos. Son seis vampiros… Seis contaminados…

* * *

Iiona Dniev reveló su tremendo horror aun sin quererlo. Exhaló un gemido ronco y se apartó un poco del premier y de sus visitas oficiales, con un gesto de aprensión. No fue gran cosa, pero Volnov lo descubrió.

Sus ojos brillaron extrañamente. Estaba cerca. Muy cerca del premier soviético. Sus labios se abrieron bruscamente. Y lanzó un sonido extraño, gutural y sibilante. Era como un aviso. Sus hombres se pusieron en movimiento, rodearon a Ross, a Iiona, al premier... y succionantes lenguas rojas, cilíndricas, vibraron repulsivamente en el aire.

Se lanzaron todos sobre sus presas, Iiona gritó, quiso arrancarse, aterrada, de los brazos de Ross para escapar, para huir a alguna parte totalmente inalcanzable para ella.

Mac Kervin mantuvo la serenidad, la firmeza. No la soltó. En vez de eso, tiró de ella, la arrastró consigo, retrocediendo de aquel colectivo peligro que hacía gritar roncamente, con vivo terror, al primer mandatario ruso.

—¡Conmigo, Iiona! —dijo fríamente—. ¡Conmigo en todo momento, no haga locuras!

—Pero Ross, esas... esas «cosas»... —sollozó ella, angustiada, temblorosa.

Ross no dijo nada. Volnov se precipitaba ya sobre él. Con otros dos de sus hombres como apoyo. Otros tres iban por el primer ministro del Kremlin. Si le alcanzaban, el primer mandatario ruso se convertiría en uno de «ellos». Con todas sus consecuencias, si Ross e Iiona no lograban escapar de allí e informar a tiempo al mundo entero...

Esta vez no le pillaban desprevenido. Era el segundo ataque directo, surgido de sus propios amigos y compañeros, allí junto a él. Estaba prevenido, a punto. Armado debidamente.

Ross extrajo de sus ropas, con una mano, un tubo azulado, rígido y breve. Oprimió un resorte. Todo ello, sin soltar a Iiona un momento, reteniéndola casi a viva fuerza contra sí e impidiendo que su terror desembocara en un paroxismo de histeria peligrosísimo para todos...

—¡Atrás, señor! —gritó Ross al premier, con energía—. ¡Apártese de la línea de tiro, pronto!

El primer ministro entendió. Se echó vivamente atrás. Ross

disparó una, dos, tres cuatro veces…

El cilindro de metal vomitó unas cargas centelleantes, cárdenas. Chispazos que reventaron contra los cuerpos de Volnov y sus compañeros. Provocó un efecto demoledor, terrorífico, cuando ya aquellos seres eran solamente lívidos monstruos de ávida lengua y vidriosa mirada en busca de sangre humana, de aniquilamiento de la especie…

Seis cuerpos se pulverizaron, desintegrados por una carga letal corrosiva, que destrozó sus células vivas, disolviéndoles en un humo acre, que terminó por dejar solamente sus ropas derretidas sobre un suelo tremendamente vacío.

La pugna apenas si había durado diez segundos o doce. Seis vampiros habían muerto. Habían sido realmente aniquilados sin dejar rastro, sin posibilidad de seguir siendo no-muertos, ávidos de sangre.

El premier, Iiona y él, se miraron con horror. El primer mandatario del Kremlin pulsó un llamador de emergencia. Aparecieron soldados armados, cerrando toda entrada o salida. Pero hubieran llegado tarde, de haber dependido de ellos la vida de su dirigente.

—Gracias, Ross Mac Kervin —dijo emocionado el político, tendiendo sus manos hacia Ross—. Le debo la vida. Y, posiblemente, mi país le deba mucho más en el futuro, gracias a su actitud de hoy…

—Señor, todos debemos unirnos, usted lo dijo. Es la lucha de la Humanidad contra un peligro desconocido y atroz, llegado de otros mundos. De nuestra fuerza y valor depende todo.

—¿Cómo…? ¿Cómo pudiste advertir eso, Ross? ¿Cómo pudiste darte cuenta de que ellos ya no eran ellos?

—Esa mancha color café, Iiona. Es la clave. La descubrí en Volnov. Era suficiente. Me imaginé su juego; destruir al Gobierno. Era un golpe maestro. Hacer al señor presidente de la Unión Soviética uno de ellos. Acaso el principio del fin…

—Ahora me doy cuenta de lo que debemos hacer para evitar el desastre; controlar a todos y cada uno de nosotros —musitó el premier—. Sin distinción de personalidad ni de nada.

—Eso es lo que vine a decirle, pero nunca esperé poderle ofrecer prueba tan rotunda, señor —sonrió Ross Mac Kervin, guardando su

arma con lentitud.

Y entonces se dio cuenta de que aún seguía con su brazo en torno a la joven Iiona. La muchacha moscovita no pretendía ya desprenderse de él. Es más, se acurrucó a su lado y murmuró:

—Ross, gracias... Gracias por todo...

El no dijo nada. No hacía falta. La oprimió con mayor fuerza, demostrándole su afecto de un modo elocuente, que a ella pareció gustarle más que ninguna palabra.

* * *

—Has pasado satisfactoriamente el examen de la computadora —dijo Ross Mac Kervin a la joven agente rusa—. Bienvenida a Estados Unidos, Iiona. ¿O prefieres que te llame camarada Iiona?

—Prefiero ser sencillamente Iiona —respondió ella dulcemente —. Ross, me siento feliz a tu lado. Creo que solamente tengo fe en tu firmeza, en tu valor...

—No tengas fe en nada ni en nadie, Iiona. El peligro es un cerco que se estrecha... Nunca sabremos si realmente Clarke fue muerto definitivamente por Volnov, y ahí resultaron contaminados ellos seis sin advertirlo, o si todo formaba parte de su maniobra de engaño para encubrir su transformación.

—Mientras Clarke y Jansen no aparezcan definitivamente, ¿crees que no se extinguirá la amenaza totalmente?

—Lo que sé es que aumenta el número de contaminados que registran las computadoras, conforme a los datos que vamos recibiendo de cada Estado de la Unión —señaló Ross a la amplia indicadora luminosa donde se computaban esos datos—. No sé, Iiona. No sé nada aún... Seguimos moviéndonos en la sombra sin saber adonde ir...

—Pero la esperanza aumenta, ¿no crees?

—Sí. Aumenta, es cierto —suspiró Mac Kervin—. Ojalá todo termine pronto, y la pesadilla llegue a concluir un día y sea solamente eso; una pesadilla difícil de olvidar, Iiona...

Ernie F. Weiss acudió a saludarle. Ross le contempló con recelo. También Weiss a los dos. Finalmente, Ross y la muchacha rusa mostraron sus tarjetas. Weiss también la suya.

—Perfecto —sonrió el científico de la NASA—. Lo que usted dijo, Ross; ni siquiera me debo fiar de usted, ¿verdad?

—Exacto. Ni siquiera de mí —rio Mac Kervin—. Ernie, ¿cómo

van las cosas aquí?

—Más o menos igual en el país —suspiró el experto—. Pero venga conmigo. Van a ver algo realmente bueno. Hemos logrado encontrar el motivo y origen de esta plaga…

—¿De veras? —pestañeó Ross—. ¿Lo dice en serio?

—Por completo.

Y era verdad. Un momento después en los laboratorios de la NASA, Ross Mac Kervin e Iiona se enfrentaban a un recipiente aislado, rodeado de guardia armada, protegido con toda clase de medidas de seguridad.

Dentro de él un simple elemento dentro de una campana de vidrio.

Un corpúsculo gris parduzco situado sobre una placa también de vidrio. Algo que se movía, que se agitaba. Del tamaño de una hoja de árbol. Palpitaba. Con algo parecido a vida propia. De vez en cuando brincaba, se agitaba, como una extraña ave que pretendiera volar dentro de su encierro.

—Cielos… —musitó Ross—. ¿Qué es eso?

—Un organismo vivo. De Mercurio. Estaba oculto en la cápsula, Ross… Primero era cristalino, transparente… Luego cobró ese color oscuro, lentamente. Se agita. Vive, Ross. Vive y trata de liberarse. Tiene fuerza mental, capacidad de poder y dominio… Es un organismo inteligente por tanto. Biológicamente, es como un ave babosa, una sanguijuela extrañamente desarrollada… Puede volar, no hay duda.

—Como los vampiros…

—Sí, Ross, como los vampiros. Cosa curiosa; pueden volar en el vacío.

—Volar en el vacío… y ser cristalinos, transparentes… Eh, un momento —vivamente, Ross se apartó de aquel encierro donde se agitaba la forma viva de Mercurio—. Quiero ver otra vez la película que se salvó del viaje a Mercurio… Ahora creo que sé lo que sucedió realmente…

CAPÍTULO IX

Conclusión

Tenía razón.

Ross lo descubrió en seguida. Apenas se encaró con aquellos fotogramas obtenidos en Mercurio.

Las manos agitadas en el vacío, como cazando mariposas... No era eso. Era un ataque. El invisible ataque de ellos. De los voladores del vacío. De los organismos vivos, succionantes... Los verdaderos vampiros interplanetarios, que viajaron adheridos a la cápsula en su regreso a la Tierra...

Al menos viajó uno. Uno solo. No había más en la cápsula. Eso estaba confirmado por las computadoras. Sin lugar a la menor duda.

De modo que aquel cuerpo simple parecía ser el que contaminó a Clarke, a Jansen...

—Ellos huyeron de Mercurio, dejando a Morgenberg atacado por esos monstruos... Huyeron sin comprender que llevaban a bordo el horror viviente. Lo trajeron a la Tierra, les contaminó...

—Ross, ¿qué debemos hacer ahora? —indagó Weiss.

—Tengo una idea simple; destruir ese organismo. En el acto.

—Pero Ross, ese organismo... Puede ser el mayor misterio de Mercurio, un gran hallazgo biológico universal...

—Puede ser el fin de la Humanidad. Actúe ya. Destruya, Weiss. ¡Destruya eso!

—Cielos, Ross, la ciencia...

—Al diablo la ciencia. Creo estar en lo cierto. Ataquen. Terminen con él. Y veremos lo que sucede, amigo mío...

Le miró curiosamente Ernie F. Weiss. Creyó entenderle. Asintió en silencio.

Luego, caminando hacia la campana de vacío, declaró:

—Sí, Ross, entiendo. Creo que le entiendo por fin. Lo destruiremos... ahora mismo.

Dio la orden. Con dolor de científico ávido de saber. Con esperanza de ciudadano del mundo, deseoso de salvar a la Humanidad...

Se asestó un desintegrador termonuclear sobre la campana. Dentro, como sintiendo y sabiendo lo que iba a ocurrir, se agitó aquello. Convulsa, desesperadamente.

Hubo como un zumbido estridente en las mentes de todos. Algo les frenaba, les paralizaba con fuerza ciclópea. Ross juró entre dientes. Desesperado, sintiéndose enloquecer, sordo y aturdido, se arrojó sobre el resorte de disparo, donde vacilaba el artillero.

Oprimió, con un esfuerzo supremo. Brotó un chispazo, un rayo de luz cegadora, que cayó en la cápsula de vidrio hermética...

La explosión termonuclear se produjo.

Y todo terminó.

* * *

Estaba destruido.

Totalmente destruido. El zumbido se borró, desapareció el aturdimiento, aquel raro impulso adverso que les paralizaba...

—Lo sabía —jadeó Ross, agotado, cayendo junto a Iiona—. Lo sabía...

—¿Qué sabías, Ross? —murmuró ella.

—Esa cosa... Era el cerebro. La masa central. Provocaba las contaminaciones, las metamorfosis, la radiación poderosa... Y ha sido destruido.

Miró al tablero, oprimiendo contra sí a Iiona. Weiss aguardó también, esperanzado. Fueron extinguiéndose cifras luminosas. Los casos disminuían rápidamente. Terminaba la plaga.

En pocas horas más se había reducido un setenta por ciento. Luego un noventa.

Al día siguiente, la cifra de vampiros vivientes en el país era cero. De la URSS llegaban también buenas nuevas. Todo se iba encarrilando bien.

—Un simple organismo pequeño, insignificante... y era causa de todo —jadeó Ross—. Iiona, me alegra haber tenido razón... Hemos triunfado. Al fin hemos triunfado...

Sí. Ross Mac Kervin tenía razón. Al fin habían triunfado. La plaga cedía. El final era ya un hecho.

El gran peligro llegado del espacio se había eliminado del modo

más simple y directo; destruyendo a un microorganismo extraño, aparentemente inofensivo.

—Ross, creo que ahora ya puedo volver a mi país —dijo Iiona Dniev a Ross.

—Sí, pero iremos juntos —sonrió Mac Kervin—. En viaje de novios.

—¡Ross!

—Si tú quieres, claro…

—Será un maravilloso viaje de novios, estoy segura —musitó ella, radiante.

Y se lanzó en sus brazos, besándole. Ross se sintió feliz de poder estrechar contra sí a una hermosa muchacha sin miedo a horribles metamorfosis.

El vampiro del año 2000 había desaparecido de la faz de la Tierra. Pero era un aviso a la Humanidad. El aviso de una Creación que el hombre aún no sabía dominar…

Si al menos hiciera caso el hombre…

Pero Ross estaba seguro de que no.

FIN